

# ANALES

DE LA

# UNIVERSIDAD DE VALENCIA

AÑO XIII 1932-1933

CUADERNO 97

---

## Aspecto emocional del estudio

DISCURSO LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA  
DEL CURSO ACADÉMICO DE 1932 A 1933

Por JESÚS BARTRINA CAPELLA  
CATEDRÁTICO Y DECANO DE LA FACULTAD DE MEDICINA

EXCELENTÍSIMO SR.:

SEÑORAS Y SEÑORES:

**C**APRICHOSO el azar, junta, en la fecha de hoy, mi *Exordio y tema*  
honroso compromiso de ocupar esta tribuna, y la  
llegada aquí de los que van a ser, yá desde mañana,  
mis últimos discípulos. Entran ellos, cuando yo estoy a  
punto de salir: pero no auguréis melancólicos desmayos en  
los plácemes y parabienes con que haya de acoger a la nueva  
floración universitaria; espero, por el contrario, caldear mis  
palabras con esas cordialidades tan prontas a desbordarse  
ante la inminencia de un adiós. Mis egoistas tristezas, si las  
hubiere, nada significarían frente al gozo expansivo de la  
muchedumbre juvenil, a la cual me debo y a la que princi-  
palmente quiero ahora dirigirme con arrobos de optimismo,  
como sembrador de esperanzas; que tal es la obligación del  
que enseña, mientras viva. Mas, también a vosotros, meriti-

simos comprofesores, os atañe cuanto voy a decir, cualesquiera que sean vuestras preferencias en el campo del saber; y muy justificada estaría una demanda de general atención, si yo pudiera ofreceros, en mi empeño, alguna garantía de mediano acierto; porque, sin duda, es mucho y muy transcendental lo que cabría pedirseme acerca del ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO, tema que busqué y preferí con la pretensión de que a todos nos interesase por igual. Consecuente con tal propósito, y aspirando a ser entendido por los más, heme limitado a utilizar los conocimientos elementales comunes a cuantos entraron por esas puertas. No hallaréis, pues, en mi trabajo, la experiencia, larga pero especializada, de un maestro que acaba; sólo encontraréis los rancios recuerdos de un antiguo principiante, clarificados por los años, y vigorizados por madura reflexión. Cumple a mi lealtad preveniros con insistencia, que nada nuevo vais a aprender; holgaríame yá con deciros algo grato, con sugeriros algo bueno. Y así advertidos, sin que podáis llamaros a engaño, si me escucháis o me leéis, subsanad con vuestra meditación de mil cabezas, las faltas y errores de estas líneas, en cuyo abono y disculpa, invoco, sumiso, además de la recta intención que las ha inspirado, el estar-me vedada la siempre discreta determinación de no escribirlas.

\* \* \*

*Cambios en el personal universitario durante el último curso*

Preliminar obligado en ocasiones como ésta es el registro de los cambios ocurridos en la familia universitaria, durante el curso que acaba de expirar. Y a fe que no desentona semejante relato, por fuerza recargado de emoción, sirviendo de preámbulo a una tesis que ha de versar sobre alegrías y tristezas, placeres y dolores de quienes al estudio se consagran. Es ley que, las personalidades colectivas, como los organismos naturales, se conserven merced a la renovación continua de sus componentes; con ello se realiza el rejuvenecimiento intersticial de las mayores y más longe-

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

vas agrupaciones. Lo elemental, lo diminuto, nace y muere sin cesar; el conjunto, donde parece radicar el interés de cuanto existe, perdura para recorrer trayectorias seculares, hacia ignorados destinos. Mirando al todo, con estoica elevación, nos sobrepondremos a las minúsculas vicisitudes, que apenas pasan de ser el drama de un punto y de un instante. De tales reflexiones necesitamos, nada menos, para resignarnos a la ausencia de los que fueron, hasta poco ha, nuestros camaradas en los nobles afanes de la enseñanza, incluyendo por igual a discípulos y profesores.

Felices pudiéramos considerarnos si las bajas obedeciesen, no más, a la madurez cronológica señalada oficialmente para el descanso forzoso; ya que, por ventura, los insignes veteranos que se fueron no pasaron a categoría de inválidos, y prometen sobrevivir largamente a su retiro, y continuar, desde fuera de la Universidad, enaltecíendola con nuevas actividades y mayores prestigios. Año académico afortunado hubiera sido el último, año blanco, si la muerte no hubiera hecho acto de presencia en nuestras filas, y precisamente buscando sus víctimas donde menos probable parecía: entre la lozanía de la juventud. Perdimos para siempre al alumno de sexto año, don Pedro Alfonso Quintero Domínguez, y al de primero, don Francisco Javier Hernán Aznar, ambos de la Facultad de Medicina. No preguntemos quiénes eran y cuánto vallan: anticipémonos a declarar que, por su edad, eran semilleros de esperanzas, y, para nosotros, merecían la consideración de hijos y de hermanos; y, al rendir a su memoria el debido tributo de dolor y consignarlo en los Anales Universitarios, sea ello testimonio de compenetración afectiva entre la masa escolar y sus paternos directores.

*Tributo de dolor*

Aparte de esas positivas desgracias, que nada lo es tanto como la muerte prematura, tócame consignar la separación, de la función docente, por burocrático automatismo, del esclarecido profesor de Literatura don José Ventura Traveset, y también y por igual concepto las de don Francisco Brugada Mira y don Enrique López Sancho, honra y prez, úno y

*Jubilaciones y ascensos*

ótro, de la muceta amarilla; a cuyas sensibles bajas hay que añadir la del que fué nuestro Rector por aclamación, el catedrático de Derecho Político, don Mariano Gómez y González, transportado, joven todavía, a otras esferas del mundo oficial, con preeminentes consideraciones, muy justas y que nos placen en grado sumo, si bien nos alejan del Jefe innovador y comprensivo, del conspicuo maestro y del amigo fraternal. Nos dejan, tan queridos compañeros, cuando más brillan por su saber, honorabilidad, entusiasmo y patriotismo; aunque, si un Decreto nos los quita, otra ley superior nos los aseguran más en el afecto. A nadie se nos ocultan sus respectivas historias; con nosotros convivieron y siguen conviviendo; y huelgan individuales y detalladas apologías que darían a esta solemnidad aires fúnebres, felizmente muy lejos de sazón. Además, no sabría mi pluma cumplir tan largo y heterogéneo cometido, sin que pudiera tachármese de pobreza informativa, lamentable desigualdad o atrevida incompetencia.

Permítaseme, sin embargo, dedicar especialmente algunas palabras a mis dos compañeros de Facultad, en atención a que sus nombres y su jubilación van unidos a hechos que no debo dejar en silencio; así doy, de paso, desahogo a vehementes impulsos de la amistad, que en vano intento reprimir. Los últimos discípulos del doctor Brugada tuvieron la feliz iniciativa de perpetuar en un mármol, colocado en sitio destacado, de nuestra Escuela, la meritisima labor del Maestro, durante sus largos años de enseñanza, enciclopédica, fecunda y cariñosa, y en los tiempos heroicos en que fué protagonista de la lucha antituberculosa en Valencia, organizando la primera «Fiesta de la Flor» y las «Jornadas Marítimas de la Malvarrosa», gérmenes del actual Sanatorio, tan beneficiosas para la infancia desvalida y doliente. Los testigos de entonces no hemos olvidado que, en aquellas andanzas, derrochó el generoso paladín, no sólo inteligencia y corazón, exuberantes en él, sino los propios intereses pecuniarios, harto más modestos. ¡Bien por los escolares que tan delicado acto de justicia realizaron, li-

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

brando de la voracidad del tiempo el luminoso ejemplo del doctor Brugada!

Por su parte, los postreros alumnos del Profesor López Sancho, gestionaron, con el éxito que era de presumir, que la Sala de Ginecología de nuestro Hospital Provincial, en donde el insigne cirujano viene ejerciendo durante medio siglo, llevase en lo sucesivo el nombre de aquel virtuoso del bisturí, que allí derramó el bien a manos llenas, devolviendo la salud a tantos miles de mujeres. Artística lápida, costeada por los iniciadores, acredita para siempre los méritos y gratitudes que motivaron la nueva denominación. Según manifestación ingenua del mismo homenajead, ningún galardón le hubiese halagado más. Alabémosle el gusto y aplaudamos a quienes supieron acertárselo, y así se mostraron dignos del Maestro: muchas celebridades, no siempre auténticas, dan sus nombres a una calle, a una plaza, a un pueblo, a una isla, a un continente, a un astro, a una nebulosa; pero vale más que todo eso vincular el propio recuerdo en una Sala de Hospital, cuyas dimensiones morales son más de estimar que todas las magnitudes geográficas y cosmológicas; máxime tratándose de una Sala consagrada al sexo exquisito, superlativamente humano, del que se forjan las madres. Es glorificación que, en efecto, cuadra como ninguna, en cantidad y calidad, a mi entrañable amigo y preeminente condiscípulo, de quien aún debo referir, sin comentario, que, antes de su cese oficial como Catedrático, dejó instituído, mediante adecuado depósito, un premio anual, de mil pesetas, aproximadamente, a favor del más aventajado alumno de Ginecología, de esta Facultad.

No a título de bajas, sino de felices exaltaciones, hay que sentir y celebrar, a un tiempo, la desaparición de entre nosotros, de los Profesores auxiliares don Luis Querol Roso, don Juan José López Ibor, don Fernando Cámara Niño y don Juan Estevan Ochoa, quienes, tras severas oposiciones, ocupan Cátedras en otros centros docentes. La Universidad, al despedir cordialmente a esos sus hijos que tan

en grande la honran, les augura y desea la prosperidad que merecen, y no halla frase más adecuada que ¡hasta luego!

*Altas* El capítulo de las satisfacciones llega a la plenitud por la incorporación, a nuestro Claustro, de los Profesores auxiliares don Joaquín Candela Pastor, don León Le Boucher Villén y don Juan José López Ibor, luego ascendido; y de los Catedráticos don Francisco Alcaide Vilar, de Lógica fundamental, don Vicente Sanchis Bayarri, de Higiene, y don Jesús Basterra Santa Cruz, de Oftalmología, cuyo historial brillante permite confiar que sabrán mantener, en sus respectivos cargos, el prestigio de sus antecesores, adaptándose, con experta diligencia, a las novedades del progreso y contribuyendo eficazmente a las mismas. Sean bien venidos y reciban nuestra más cordial felicitación; acéptela, no menos efusiva, la Universidad.

¡Llor a quienes cumplieron como buenos! ¡Paso a la prometedora juventud!

*Incendio en la Facultad de Ciencias*

Conmovió, en el curso último, la vida universitaria, un siniestro de orden material, verdaderamente lamentable, pero que tuvo la virtud de patentizar el afecto que, para la veneranda institución, guardan sus hijos, y la estimación en que la tienen las clases, todas, de Valencia. En la noche del 14 de mayo, ardió la mayor y mejor parte del local destinado a Facultad de Ciencias. Pasto de las llamas fueron, a más de algunos laboratorios químicos, el Observatorio astronómico, milagro de la voluntad del insigne doctor Tarazona, y el Museo de Historia Natural, tesoro científico de la región, acumulado, en casi una centuria de trabajo entusiasta, por cuatro naturalistas de la talla de Sisternas, Arévalo, Boscá y Beltrán Bigorra, cuyo mayor elogio es nombrarlos juntos. De los daños computables por pesetas, pronto nos repondremos; pues no es insolvente el Estado, ante sus compromisos y devociones culturales, que hoy pesan más que nunca y más que nada en la política nacional; y si algo faltase, los generosos ofrecimientos de quienes a nada están obligados ayudarían a tan buena causa, no con la protección humillante que se otorga al indigente, sino con

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

la cordial solicitud que prodigamos, en instantes azarosos, a nuestros seres más queridos.

Ojalá tuviesen tan fácil remedio los demás quebrantos, para cuya tasación de nada sirve la moneda. Mas no desfallezcamos: quizá en ese orden de valores seamos más ricos que en ningún otro. Mil amadores de las ciencias naturales y de las singularidades de nuestra tierra se aprestan afanosos a colaborar en la patriótica empresa de restauración de los tesoros perdidos.

De todas esas fecundas iniciativas, hoy en vía de efervescente organización, podrá daros detallada cuenta el ilustre catedrático que dentro de un año, y llevando la voz de la Facultad siniestrada, os hablará desde este mismo lugar; mas, perentoriamente, créome obligado a hacer solemne manifestación de la gratitud inmensa con que la Universidad recibe tanto beneficio y tamañas muestras de estimación.

\* \* \*

Y ahora, señores, abordemos ya nuestro tema.

Discrepantes en sumo grado son las ocasiones sin cuento en que usamos la palabra «estudio», aun ciñéndonos a su más recta acepción: se estudia Astronomía, baile, piano, Inglés, Pintura, la construcción de una casa, la solución de una charada, el carácter de una persona... En todos estos y demás casos, cabe decir, y téngase por definición, que el estudio, cuya finalidad es aprender, consiste en el esfuerzo intencionado para adquirir y retener conocimientos y habilidades. Sus potencias son la inteligencia y la voluntad; su eficacia proporciona el saber y la destreza; sus propósitos y maneras varían al infinito.

*Definición de «estudio»*

Clasificar los innumerables designios y formas del asalto, deliberado, contra la ignorancia y la torpeza de uno propio, es empeño que se brinda, tentador, al malabarismo de escolásticas disquisiciones. ¡Qué fácil establecer arbitrarios grupos, y barajarlos en complicidad con la ubérrima

coordinatoria! Guardarémonos de ello: no disponemos de la eternidad, para sacar a colación el ramaje de la Enciclopedia, el museo de las Artes, el censo de las profesiones, el catálogo de las industrias, el muestrario de los pasatiempos y el magno registro de la mundana curiosidad.

No urge ni precisa llegar a una clasificación: son posibles, y pertinentes, amplias consideraciones genéricas, de común interés, sin penetrar en las últimas diferencias que diversifican los estudios. Ni hay, siquiera, porqué establecer distinciones entre los puramente cognoscitivos y los meramente de ejecución, ya que nunca se da tan escueta separación entre la maña y el conocimiento; por eso no somos más exactos los españoles cuando decimos que «sabemos nadar», que los alemanes cuando afirman que «pueden latín»; ambas locuciones encierran, no más, parte de una idea.

Entiéndase, sin embargo, que cuanto sigue refiérese principalmente, aunque no sólo, a los estudios que son la esencia de las profesiones en que predomina la intelectualidad, los que acaparan, o deben acaparar, la actividad de los escolares universitarios y de quienes aspiran a serlo.

\* \* \*

Mal apreciaríamos el todo de la efectividad viviente si sólo considerásemos en el estudio los elementos que bastan para definirlo: una voluntad en tensión, una inteligencia en expectativa de enriquecerse con nuevas asimilaciones, jamás actúa sin repercusiones afectivas, no esenciales quizá, pero sí constantes y, además, capaces de condicionar el resultado, imprimirle carácter y graduar sus rendimientos.

*Pertinencia del tema* · Quien estudia, no sólo atiende, entiende, razona, recuerda, medita, ensaya y comprueba, sino que también disfruta o padece, por el hecho mismo de la labor que cumple, o por las circunstancias en que lo realiza. Sin duda que esos goces y sufrimientos son extensamente variables en intensidad, calidad y oportunidad, y tan pronto se enseñorean de

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

nosotros con avasalladora tiranía, como se ocultan casi a nuestro sentir; pero su anulación completa es tan irreal como el reposo del péndulo en los extremos de su oscilación. La indiferencia emocional corresponde aquí, como en cualquier proceso psíquico, al mundo de las quimeras. Sólo por un acto de abstracción se encara la Lógica con un ente imaginario, incorpóreo, impasible, siempre el mismo, de madura y perfecta intelectualidad y sin más atributos de vida que el misterioso heliotropismo hacia la fría luz de la evidencia. Pero en el hombre, mejor dicho, en cada hombre, hay algo más que eso, y falta mucho de eso. El Telémaco de quien la Lógica se erige en Mentor no ha existido nunca. Circunscrita esa ciencia a la recta administración de la verdad, no considera en los estudiadores sino el supuesto afán por conseguirla, aunque ellos son de carne y hueso, con toda la variabilidad, la enmarañada trabazón funcional y las seguras imperfecciones del organismo más complicado, comparable a movediza hoguera que, a un tiempo, brilla, humea y abrasa.

No es aventurado presumir que resulte provechoso tomar en cuenta y someter a científico análisis ese agrado o desagrado que experimentamos en todo momento cuando hacemos por aprender. Asociar, al examen de la parte intelectual del estudio, el de las emociones que son su obligado cortejo ¿no será juntar, en el conocimiento, lo que se da unido en la realidad? ¿Hay, acaso, mejor manera de percibir el vivo relieve de las cosas, que fusionar integralmente sus fragmentarias perspectivas? Séanos permitido ver en tales orientaciones, si no grávidas promesas, barruntos de fecundidad. Registrar y valorar los dolores y los placeres inherentes al estudio; discernir sus modalidades; apreciar sus cambios intensivos, siguiéndolos desde su aparición, en su ascensión, culminación y declive; sorprender sus metamorfosis graduales o sus bruscas mutaciones; escarbar sus causas y presentir sus efectos, ya dañosos, ya favorables sobre el estudio mismo y sobre la vida entera; y todo ello considerarlo una vez y otra vez, en relación con la multiplísima

variedad de tipos y estados circunstanciales de la personalidad humana..... es programa que no podrá tildarse de estéril, sin declararlo previamente irrealizable.

Vasto en verdad es el cuestionario, tan fácil de plantear como difícil de acometer; y largos años pasarán sin que se avance en él con amplios desarrollos. Por hoy, préstase más a divagaciones literarias, que a conclusiones positivas y concretas; porque la Psicotecnia está demasiado en sus comienzos para que pueda responder a tamañas exigencias, por mucho que haya adelantado con motivo de la exploración de las vocaciones y capacidades profesionales. Sólo en sueños que, por lo ambiciosos, pasarían ahora por caricaturescos, podríamos imaginar tratados de Psico-fisiología en los que se nos dijera, por ejemplo, cómo se modifican el ritmo respiratorio, la curva de la presión sanguínea, el trazado cardio-eléctrico, el diámetro de la pupila, la termoregulación, la alcalinidad de los humores, la sensibilidad de la piel del antebrazo o el ángulo de erección capilar, cuando un sujeto se convence del teorema de las tres perpendiculares, o reconoce la legitimidad de un silogismo en baralip-ton. No hay que desconfiar de que hasta ahí se llegue, o a cosa parecida, y con ventaja: que siempre nos quedamos cortos en pedir, aunque lo seamos más en esperar. Entretanto, no se requiere la plenitud del asesoramiento científico, para que, con lo poco que ya sabemos, y con los modestos recursos de la vaga experiencia y de la clásica introspección, sea factible considerar, con útiles consecuencias, el duplicado emocional de la Lógica, los signos de exclamación que, en la mente, van unidos sin cesar a los signos de interrogación, andamiaje del estudio.

*Su interés  
práctico*

Hay en tal propósito un interés práctico, al margen del mero afán inquisitivo. Se ventila un importante aspecto de la filosofía de la felicidad; porque es precepto de sabiduría moral capacitarnos de los motivos de satisfacción o desagrado que nos afectan, y de cuya suma algébrica depende nuestro estado de ánimo, contento o descontento; curiosa operación de cálculo con elementos de una heterogeneidad

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

desconcertante. Pero, balanzas: tiene el sensorio que totalizan los sumandos más dispares: el dolor de una contracción uterina y el embeleso ante una sonrisa infantil se juntan en un complicado polinomio, que es el goce inefable de la maternidad. Y es que, con frecuencia, en Psicología, los signos «más» y «menos» no representan lo mismo que en contabilidad; se parecen, más bien, a los que usan los químicos, en sus ecuaciones, donde se suma cloro con potasio, y se sustrae éter del alcohol, sin que la obligada constancia de las masas pase de ser modesta condición del maravilloso mudar de cualidades, y de la liberación u ocultación de la energía. Manipulamos en nuestra intimidad la singular alquimia de los sentimientos, y en ella, conviene considerarlos uno a uno, por si nos es dado vigorizar y aumentar los ingredientes de la alegría y atenuar o eliminar los de la tristeza, y valorarlos, todos, con acierto.

Pesa sobre nosotros, como una maldición, el pronto olvido del bien seguro; y es desdicha corriente distraernos del goce de lo bueno y agigantar la estimación de lo malo, exaltándolo con un exceso de atención. ¡Con qué facilidad desdeñamos las infinitas sensaciones eufóricas de la salud, y cómo nos fijamos en la menor molestia de la enfermedad! Cuán grato es respirar bien: pero nos pasamos la vida sin disfrutar apenas del intenso placer pulmonar de una inspiración profunda, sencillamente porque podemos experimentarlo cuando nos plazca; y nos lo reservamos para la solemnidad del suspiro con que acrecentamos los goces y aminoramos los pesares. No escapa el gran negocio del estudio a la conveniencia de cotejar el debe y el haber de su tonalidad afectiva, y de ponderar con justeza sus partidas diferentes, venciendo, en lo posible, innatas propensiones lamentatorias. Así lo aconsejan, a la vez, la magnitud del asunto y la racional esperanza de que, en ese cómputo de sentimientos, saldrán preponderantes los fueros del optimismo. Interés del que aprende y obligación del que enseña es subrayar, con el calor de la emoción, las grandes y positivas dulzuras del saber, en antagonismo arrollador frente a difi-

cultades y sufrimientos, no seguros, no irremediables, no irresistibles. ¿Ayudarán en algo, a ese fin, las siguientes reflexiones, a ello encaminadas? Vosotros juzgaréis.

*Conclusión provisional*

Pero antes de penetrar en detallado análisis, afirmemos, como anticipo de síntesis, o apreciación de conjunto, que felicidad y trabajo son inseparables, y que el estudio es el más excelente de los trabajos, ya que produce riqueza venciendo resistencias, y esa riqueza es nada menos que el saber, y esas resistencias son precisamente las más imponentes, por su extrema proximidad a nosotros, que dentro las llevamos. Y en cuanto a remuneración ¿dónde hallarla más cabal que en el insigne gremio de los que estudian, donde cada operario, captador de la verdad y esculpidor de sí mismo, retiene íntegro el fruto de su labor, si bien éste es de tan generosa condición que mueve a difundirlo por doquier, a prestarlo sin usura y a verterlo en el tesoro común de la Humanidad, único patrón digno de tales obreros? Y no se alarmen por semejante loa vuestros sentimientos igualitarios, porque a ese gremio pertenecemos todos; si con varia suerte en la cuantía, con título uniforme a la estimación. Desde el oficio atenido a los más humildes menesteres, hasta la investidura de más transcendentales eficacias, en toda ocupación late el estudio. La holganza misma, pugnando por redimirse, estudia y no poco, a veces, con heroísmo patético y conmovedor.

\* \* \*

*Las concomitancias afectivas del conocimiento*

Perdónese lo rancio de la fraseología y lo elemental de los conceptos, pero importa recordar que la conformidad entre el conocimiento y su objeto, lo que llamamos verdad, determina, en el sentido íntimo que la percibe, cierto estado de satisfacción, opuesto a la repugnancia suscitada por lo falso y por lo absurdo. Pudiera sostenerse, y no por vez primera, que la evidencia es una de tantas formas del placer, especie de dulzura en que nos fundamos para identificar la

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

verdad y aun para definirla. Según eso, no habría juicio alguno sin considerandos afectivos, quizá únicos; y así, al parecer, lo confesaríamos al valerlos del verbo *sentir* como sinónimo de *opinar*. Compréndese que, a este respecto, haya discrepancias: que no es fácil discernir si el proceso ideativo es meramente una forma sutil de la sensibilidad, o un epifenómeno esencialmente nuevo que corona y remata las maravillosas disposiciones de la vida de relación. Mantengámonos en la duda, ya que ella no puede quebrantar la afirmación de que la certeza se acompaña siempre de goces. Serán, éstos, intensos o imperceptibles; duraderos o fugacísimos y convertidos, a veces, en dolores, por ulteriores consecuencias de la certeza misma; pero, el pristino aroma de la verdad naciente, el que nos sirve de guía para buscarla, es positivamente halagador. Y así, habremos de dar por cierto que en los derroteros del estudio, de suave ascensión o de áspero repecho, de audaz rectitud o de cauteloso zigzag, el disfrute de la verdad es el genuino aliciente para perseguirla, y el galardón por encontrarla. Concurrirán acaso, y de hecho concurren siempre, y con anterioridad y preponderancia, otras esperanzas y otros estímulos, de mundana valoración; pero la mano más próxima que desde arriba nos llama, la primera que al llegar nos acaricia, pertenece a la verdad, razón inmediata del esfuerzo al subir y del contento al arribar.

*Estímulos próximos y remotos para perseguir la verdad*

Ni qué decir tiene que, en el aleatorio determinismo de los rumbos sociales, los estudios se inician y se prosiguen por consideraciones bien ajenas a las delicias intelectuales que ellos prometen; que las finalidades orientadoras de las profesiones no son las verdades, sino los provechos; y no lo digamos con desdén, porque esos provechos son siempre legítimos, como frutos del trabajo. Gozar y conservar la vida, perfeccionarla y acrecerla ¿qué programa mejor? En él convienen, cada cual a su manera, los individuales egoísmos. Todo cuanto es hondamente humano, es altamente bueno. Ni los llamados ideales de sábana y mantel resultan groseros, aun designados de tal suerte; antes bien, se digni-

fican con ello, ya que, sobre ambos lienzos, que son lazos de familia, se nos da el pan, el nacimiento, el amor, la misericordia, el descanso periódico y el reposo eterno. Digamos, con toda crudeza, que es lo común, y además plausible, que al término de una preparación profesional se columbren, desde el principio, holguras económicas y opciones sexuales; que se viene a la Universidad por un Diploma con que ganarse un lugar y conseguir feliz arraigo.

Mas para llegar a ese fin, que la fantasía proyecta en lo porvenir con variadísimos y no siempre sinceros oropeles, hay que pasar por el camino del estudio; el cual, por fortuna, tiene, en sí mismo, razones emocionales para emprenderlo y continuarlo, haciéndolo llevadero, por de pronto, y aménisimo después, hasta suscitar propósitos de no dejarlo jamás; goces episódicos, del pensamiento, en los que caben el sibaritismo y la concupiscencia, que asumen, a veces, la totalidad de los afanes, y que serían peligrosos si se pusieran en pugna con los primitivos designios de acomodo social; porque viejo es el lance de que una incidencia gustosa tuerza el curso de un destino. Escuchad, en corroboración, lo que sigue, que si no fué histórico, pudo serlo:

Cuéntase de cierto enamorado, vehemente y atrevido, que hubo de fingirse entusiasta ajedrecista, para franquearse la entrada en casa de su ídolo, portento de belleza cuyo progenitor era formidable campeón en el Arte de Filidor y Capablanca; y así consiguió el galán pasarse tardes enteras y largas veladas jaqueándose con el padre y entendiéndose a hurtadillas con la hija. Mas ocurrió muy luego, que, tan interesantes se ponían las partidas, tan sublimes combinaciones aprendía del soñado suegro el aspirante a yerno, que ya, éste, hallando más embeleso en las jugadas del tablero que en las jugarretas del amor, desaprovechaba con creciente descuido las sabrosas oportunidades en acecho de las cuales se había introducido allí. Hasta que, un día, lo plantó el maestro en la calle, diciéndole: «Nada se me ha ocultado desde el principio; pero usted, joven, viene ahora a esta casa solamente por mí; no es usted el primer partido que le

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

robo a mi hija; ni ha de llevársela por esposa quien no la estime sobre toda otra afición, incluso la del ajedrez, que es la más seductora según creo». Y añádese que la chica, sobre ser un prodigio de virtudes, dulce y discreta, hacendosa y hacendada, permaneció soltera mientras vivió su padre; pues no hubo pretendiente que saliese airoso en la difícil prueba del tablero, aplicada por el invicto campeón.

Y si el cuento resulta verosímil a propósito del ajedrez, frívolo y estéril pugilato del entendimiento ¿qué no esperar cuando se trate de la verdadera Ciencia, espléndida y fecunda?

\* \* \*

¡Oh placeres del pensamiento que lograis sobreponeros a los impulsos más recios de la vida! ¡Filo-sofia, amor al saber! ¡Feliz etimología que junta, en una sola palabra, la pasión por excelencia y la soberanía de la idea! ¡Cuán claramente nos muestra que, los idílicos amores con esa diosa de la inteligencia que se llama «verdad» constituyen el argumento de la aventura lógica que, con el nombre de estudio, acometemos! Y en ellos vibra la emoción, como en los erotismos más fogosos, y tales grados puede alcanzar que llene por entero una existencia y desafío, impávido, el martirio. Ni le faltan los arrobos ni los transportes explosivos, del deleite: así se explica que hable Cajal de su «luna de miel con el microscopio»; que Menéndez Pelayo sintiese tener que morir cuando habla tanto que leer; que el hallazgo de un teorema moviese a Pitágoras a inmolar muchas reses a los dioses; y que el descubridor de una ley hidrostática se lanzase frenético y descompuesto, con alaridos de gozo, por las calles de Siracusa, agitadas por muy otras preocupaciones.

*Encantos de la  
verdad*

Los halagos de Minerva tienen sobre los de Venus la inefable ventaja de no producir hastío. Es la verdad científica una amante que no envejece para nosotros, ni nosotros para ella; más bien aumentan a la par sus encantos y nues-

tra devoción; sus besos, como los de las madres, prefieren la frente, y los últimos son siempre los mejores. ¡Y cuán fácil es el secreto de tanta felicidad! Puesto que el licor de la sabiduría enciende la sed lejos de apagarla, no hay, para sentirla, sino empezar a beberlo, y si los primeros sorbos se paladean a conciencia, pronto acudirá a los labios el insaciable ¡más, más, más! en solicitud de lo infinito. Quiere decir todo esto, en términos de llaneza que ya sin duda estaréis echando de menos, que en el negocio del estudio, como en cualquier negocio humano, el éxito estriba en el acierto al empezar; que si se comienza estudiando de veras, se continúa estudiando con crecientes facilidades, resultados y satisfacciones. Hay que percibir dulzura en los umbrales de la nutrición del entendimiento: cuán poco medrarían ni siquiera vivirían los pequeñuelos, si encontrasen amarga la leche que han de asimilarse. Sentir cómo se ensancha nuestro contacto con la verdad, que mentalmente nos agranda: en ello consiste el gozo del estudio, que es garantía de su propia continuidad y de su obligado incremento.

*¡Claridad!* Y, para favorecer tales delicias, la desnudez se impone: los velos del pudor, que al Arte se le toleran y aun se le exigen, serían del todo impertinentes aquí donde el mérito es rasgarlos. La fruición del saber no admite honestas interposiciones; la inteligencia no busca a su amada, para vulgar coyunda, fugaz y divorciable; aspira a soldarse con ella cual dos hermanas siamesas. Pero excusad el rubor, señoras y señores, porque el desnudo de la verdad tiene otro nombre: se llama también «claridad», y designado así, podemos considerarlo sin rebozo. Tanto más nos identificamos con la cosa estudiada, tanto más placer nos proporciona. Penetrar en la entraña del asunto, con límpida visión y obvia firmeza, aviva el ansia de profundizar con más ahinco; y el colmo de la satisfacción se dará, naturalmente, en aquellos sectores de la sabiduría donde la evidencia brilla espléndida, sin titubeos ni desmayos; tales son las Ciencias exactas.

¡Dichosos los matemáticos, para quienes se reservan los

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

más agudos deleites en las bacanales del estudio! Porque *La verdad matemática* los hechizos de la verdad matemática, toda luz, toda certeza, justifican la idolatría que le rinden sus amadores, y el frío desdén y recelo con que éstos miran cuanto se basa no más en la experiencia. Realmente constituyen ellos la aristocracia de los sabios, si se atiende a lo indiscutible de sus blasones y a la legitimidad de sus riquezas. Apenas estiman ninguna otra: en ocasiones lo dicen; los más se lo callan; casi todos lo piensan. Cortázar clasificaba los libros en Matemáticas y novelas. Geómetras hay, calculistas existen que, aun siendo fervorosos creyentes, opinan que las Matemáticas son anteriores y superiores a Dios mismo, el cual no sería rey absoluto del Universo, sino rey constitucional, atenido a cumplir y hacer cumplir las leyes fundamentales, del número, de la cantidad y de la extensión, que ellos estudian, las que el propio Creador hubo de considerar en una eternidad preparatoria, antes de acometer su tarea; leyes que tendrían el privilegio de continuar sirviendo para otros mundos que pueda haber en otros sitios y otras edades, conforme a divinos antojos; porque, allí y entonces, seguiría siendo cierto, póngase por caso, que el número once es primo y que la raíz cuadrada de ocho es incommensurable con la unidad. Y para que nada falte a tal endiosamiento, es decir, supraendiosamiento, las Geometrías de  $N$  dimensiones, se ofrecen al Sumo Hacedor, por si algún día se decide a emprender, con entero desahogo, una nueva Creación, animado por el acierto del modesto ensayo actual. Véase hasta qué punto son embriagadoras las caricias de la verdad matemática, que conducen a extremos de soberbia dignos de figurar en el poema de Luzbel.

\* \* \*

Sin desconocer las razones que para ufanarse tienen los opulentos poseedores de las verdades necesarias, séanos permitido, a los humildes usuarios y escrutadores de las *La verdad contingente*

realidades contingentes, solazarnos con la contemplación de las cosas que son como son, aunque se conciba que pudieran ser de otra manera. Las ciencias físico-químicas y naturales, las ciencias del Hombre y de la Humanidad, irradian también sus motivos de emoción, y en tal grado, que alguien ha llegado a preguntarse si no será la Belleza la fórmula suprema de lo existente. ¿Que esas ciencias no tienen, en sus leyes, casuísticas por demás y sujetas a excepción, la rígida universalidad de los teoremas matemáticos? Convenido: pero eso prueba sólomente que no las conocemos lo bastante para formular sus principios en términos de abarcar y someter las más extremas singularidades. Se trata aquí de problemas cuyos datos no elegimos ni se nos proporcionan con la esencial rotundidad de una definición, sino que se nos imponen con externas características, ocultadoras de previas incógnitas. Formidables obstáculos, mas no abrumadores: ¿cuándo las dificultades de una empresa restáronle encantos? Muy por el contrario, quienes se avezan al rudo pero gustoso bregar de la observación y del experimento acaban regateando admiración a la sublimidad matemática, paciente concatenación de fáciles evidencias, siquier con ellas se escale lo infinito. Felizmente, no hay contraposición de excelstitud entre las elaboraciones de la razón pura y los extractos ideológicos de la realidad viviente: ambos se ofrecen inagotables a los deleites del pensamiento, partícula sumergida en la inefable inmensidad; y cuando, en una y otra esfera, la fascinación parece colmada, todavía, al fusionarlas, surge un orden superior de armonías en las que culminan los motivos de veneración, al descubrir la íntima conexión de los hechos naturales y sociales con las férreas leyes de la cantidad. Las ciencias concretas son tanto más ciencias cuanto más se compenetran con las exactas. Peso y medida encontraba Salomón en todo saber; y Platón rehusaba el acceso a su Academia a quien de eso no alcanzase. A poco que en cualquier estudio se ahonde, aparece a flor de entendimiento el áureo filón de la noción cuantitativa. No es privativo de matemáticos manejar tales tesoros; y apenas

*Su compenetración con la absoluta*

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

sirve para estudiar quien los considere como un tropiezo y no como un hallazgo venturoso; pues no es muy amante de la luz quien rehuye contactos que todo lo iluminan. Ahí están la Astronomía, dos veces celeste, la alta Física, la honda Química, la sublime Fisiología y la maravillosa Genética, que cada día consideran y precisan más el cuánto, el dónde y el cuándo de las cosas que les competen, para mejor descifrar el cómo y el porqué de las mismas. Ni aun la Psicología y sus derivaciones se privan de tan poderoso auxilio. Y ¿cómo desconocer el nervio numérico de las ciencias demográficas y estadísticas, especie de anatomía y fisiología de la Política, de la Economía y de la Previsión; que buscan, en el peregrino cálculo de probabilidades, la certidumbre global de incontables incertidumbres?

\* \* \*

La híbrida verdad de experiencia y de razón, aun sin la completa desnudez de lo absoluto, ostenta ya suficientes encantos para ser tan atrayente como la que más, y agrega en su abono la ubérrima fecundidad de inmediato provecho. Pero volvió a sonar la palabra «provecho». ¿Será que vamos a aterrizar?

En efecto, hemos volado quizá demasiado alto, despegados harto tiempo, del mundo de la realidad; hemos considerado el estudio como filosofía en acción, sin otro aliciente que la verdad por su intrínseca belleza, convirtiendo, acaso, la Lógica en Estética. Bajemos si es preciso; adoptemos criterios más positivistas; atengámonos más a los frutos que a las flores; hablemos prosaicamente de cosechas; investiguemos los beneficios de la verdad científica; escuchemos su declaración de utilidades, con la bastarda curiosidad de un amante interesado. Vano descenso, porque esos beneficios, por su grandeza y elevación, exigirán ser contemplados desde las primitivas alturas u otras mayores si las hubiere: que, en los campos del saber, corren parejas hermosuras y bondades.

*Puntos de mira  
positivistas*

*Fecundidad  
específica del saber*

Ocupa preeminente lugar, entre las excelencias utilitarias del conocimiento científico, su específica fecundidad, la virtud que posee de originar otros como él; por aquello de que sabroso es el pan, pero lo mejor del trigo es que, sembrado, produce espigas. Y era de presumir la potencia prolífica del saber; porque la tendencia a la multiplicación palpita en el fondo de cuanto irradia reclamos amorosos, como hace la verdad con la inteligencia. Quien algo aprende disfruta de ello y está en trance expedito de aprender mucho más. En el estudio, a medida que ascendemos, se dilatan los horizontes que nos brindan senderos de promisión. Cada certeza suscita miles de preguntas y de atisbos, que, a su vez, pueden conducir a otras certezas, asimismo sugerentes e interrogadoras. Carece de límites la expansión inquisitiva. Es absurdo y blasfemo decir que la Ciencia se agota, y que, cuanto más se sabe, menos hay para aprender. Eso no más se concibe motejando a las ciencias, de «signaturas», según el argot académico; pero, cuando se habla en serio, la ignorancia del más sabio es la más evidente de las ignorancias, la de más extensa línea de humillación ante los umbrales de lo desconocido. Envidiemos, sin embargo, a esos felices ignorantes que pueden medir con más precisión que nadie, en qué grado lo son; y, por si llegásemos a vernos en su caso, no olvidemos que son ellos los más llamados a la modestia, fecunda virtud que hace marchar siempre adelante, sin volver la desdeñosa mirada a los rezagados.

*Los goces del  
descubrimiento*

El proceso íntimo de la incrementación científica, el paso de la razón, de unas verdades a otras, es factor emocional del estudio, quizá más intenso que la posesión apetecida del conocimiento. La miel de los problemas suele estar en el planteamiento; la de los teoremas, en la demostración; y el gozo alcanza, a veces, proporciones escalofriantes. Hay, a este respecto, innegables diferencias entre el descubridor, primero en abrirse camino, y quienes luego utilizan el mismo u otros más fáciles derroteros, que sólo el posterior dominio de la meta ha permitido señalar: gra-

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

dación de goces que, aunque amplísima, no los diversifica en esencia, por mucho que en ellos varíe la escoria de vanidad. Con el método de virginal investigación, o con el de repetición histórica, o con el seleccionado para la enseñanza; sin ajeno auxilio o con experto guía, escalar ciertas cumbres del pensamiento despertará siempre honda emoción, idéntica, en especie, a la del primero que llegó hasta allí.

Por lo demás, las satisfacciones de hollar lo inexplorado, a nadie están vedadas, son cada día más adsequibles y sólo es cuestión de voluntad el conseguirlas; porque la Ciencia, al dilatar su contacto con lo ignorado, brinda crecientes lugares y coyunturas de avance, adecuados a las disponibilidades investigadoras de cada cual. Sin cesar aumentan, a la vez, el acopio de datos, los medios para captarlos y las provocaciones a felices iniciativas. Quien nada consiga será porque nada se proponga, o porque aspire a demasiado. Los perezosos, ingenuos o disfrazados de pesimistas, y los soberbios, que, sintiéndose titanes, rechazan el papel de picapedreros, constituyen legión de parados, junto a la inmensa cantera del saber; practican la huelga del hambre mental, teniendo a la vista sabrosos manjares. Y no aleguen que llegaron tarde; no digan que, aun siendo infinito lo que resta por hacer, lo mejor de lo factible ya está hecho; porque la Historia nos enseña que esa aparente pequeñez de las posibilidades inmediatas, es ilusión que se padeció en todo tiempo, aun en vísperas de los mayores adelantos. Hace poco más de medio siglo, un sabio ilustre escribía, en el prólogo de una obra monumental, que «la Física tocaba ya a su término». ¿Qué opinaría hoy aquel temerario pensador, en vista de las novedades de primera magnitud que han acrecido, iluminado y removido los vastos tesoros que él juzgó punto menos que colmados? ¡Vivir para ver!; y trabajar sin desmayos, en espera de revelaciones, que no están reservadas a los privilegiados del talento, como suele creerse, sino que principalmente se guardan para los héroes de la voluntad. Las vidas ejempla-

*Los descubrimientos son cada día más fáciles*

res de los grandes maestros coinciden más en el recio querer que en las afortunadas aptitudes para pensar. Venturoso es el caso en que se funden ambos bienes; los cuales, después de todo, no son independientes por completo, ya que el estudio acrecienta el ingenio, y los frutos de éste estimulan y vigorizan la volición, con lo que se cierra un círculo virtuoso, de recíproco e indefinido mejoramiento.

*Estudio y  
patriotismo*

Exitos y abulias jamás se vieron juntos. La república de la Ciencia, como la República Española, es una república de trabajadores, que obliga a todos a contribuir, en la medida de lo posible, a la común prosperidad, en el seno de una democracia modesta, pacifista y fraternal. ¿Ocurriencia retórica? No: identidad de casos; porque las aportaciones al saber, con sus correspondientes emociones, son a la vez actos de patriotismo, cualquiera que sea el alcance que a esta palabra se le dé: Pueblo, comarca, nación o planeta, todos ganan con ser la cuna de quien les acrece su erario intelectual, siempre fecundo en beneficios materiales. Conducidos por un mismo ideal de progreso, estudiosos afanes y patrióticos anhelos, redoblan confundidos su eficacia, y determinan goces con supremos alcances de intensidad y de pureza.

\* \* \*

*Humanismo  
de la Ciencia*

Pero esto nos lleva a señalar en la verdad científica otros méritos más prácticamente utilitarios que el prolífico poder de engrandecerse a sí propia: tales son sus actuaciones para procurarnos bienestar, mediante el aprovechamiento y mejora de cuanto nos rodea y nos constituye. La Ciencia, puesta amorosamente al servicio del hombre, siendo su amparo y su providencia, es cuando más brilla: acaso algún deslumbrado no la conciba de otra suerte. Con juicio frío y severo, habríamos de conceder, en principio, que la Ciencia sería siempre Augusta y atrayente, aunque de nada y para nadie sirviera. Pero, de hecho, la filosofía es una modalidad de la fil-antropía: una y otra son insepa-

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

rables, nacieron juntas y marchan unidas desde que el dolor y el aburrimiento llamaron angustiosos y apremiantes, a las puertas de la inteligencia, en demanda de alivio, de solaz y de consuelo; desde que el sufrimiento, el recreo y el saber comenzaron a remontar, enlazados, la cuesta de la Historia. Y así, la grandeza moral de las creaciones científicas oscurece todas sus demás bellezas: mientras no pasemos de ser hombres no podemos discurrir de otra manera. «¡Bien para la Humanidad, restarle penas, añadirle goces!»: esa nos parece, por ahora, la suma razón, con un egoísmo cuya universalidad lo santifica. El amor a la Ciencia, nervio y guía de la civilización, es gratitud, es embeleso, es esperanza. Por ella, el esfuerzo acumulado de los siglos nos libra milagrosamente de la miserable condición del más desvalido de los brutos. Ha sido una redención demasiado grande para que sepamos estimarla en su justo valor, quienes la gozamos ya desde el nacer, y no tenemos sino remota idea de las desdichas primitivas con que nos amagaba el destino. Felicitémonos de que nos haya correspondido asomarnos a la vida cuando ya el saber la ha ennoblecido y dulcificado, en términos de que apenas se le oponen más dificultades que las dimanantes del hombre mismo, y aun éstas llevan camino de ser vencidas ante la unánime preocupación por la paz, y la buena disposición para que el bien común alcance a todos: victoria plena reservada a otras aun más afortunadas generaciones.

\* \* \*

Mientras, no permanezcamos distraídos, sino paremos mientes y con recuento de avaro, en los elementos de satisfacción con que nos envuelve la madurez cultural de nuestro tiempo; considerándolos bien, los encontraremos mejores; que no disfruta bastante de sus riquezas quien no sabe lo que tiene. Inventario de Crespo, difícil ciertamente, inacabable acaso. Se trata nada menos que del inmenso legado

*Atención al  
bien presente*

*Lo que fuimos*

de todos los muertos, acrecido aún por aportaciones de actualidad; experiencia global de lo pasado, condensada en saber, sistematizada en ciencia y traducida en bienestar. Porque nadamos en ello, apenas lo percibimos, como el aire que respiramos; pero imaginad su ausencia, y la angustia que experimenteis os hará medir la dicha efectiva que gozais. Suprimid, en hipótesis, hasta las más viejas, pequeñas y fundamentales conquistas del ingenio. Borrón y bestia nueva: es decir, la antigua bestia, pero desaclimatada, ahora, del rudo ambiente donde paulatinamente se humanizó. Otra vez sin abrigo, ni techo ni lumbre, a vivir al minuto, en perpetua zozobra, ante las terribles amenazas de la Naturaleza, implacable y cruel; otra vez en pugna indecisa con la feroz alimaña, el procáz parásito y el traidor microbio; otra vez a crear dioses a nuestra imagen y semejanza, y a temerles, por tanto, como a fieras; otra vez el imperio del miedo y de la ira; otra vez la razón endeble sometida a la fuerza estúpida; otra vez a balbucir la incipiente palabra, tímido aleteo del pensamiento, en el vacío de la incomprensión y de la fugacidad; de nuevo la tragedia inicial del progreso, tan parecida a la agonía de una raza.

*Lo que somos*

Mas, respiremos hondo; cese la asfixiante pesadilla; de todo eso nos salvaron nuestros mayores, en una lucha cien veces milenaria, cuyos trofeos y beneficios nos ha tocado disfrutar. Nosotros, los que estudiamos, no podemos aprovecharnos, sin emoción, de tantos dones. ¡Tiempos y tiempos! Explayémonos gozosos: ya las imponentes energías naturales, domadas por el saber, nos acarician, confortadoras, serviciales y fecundas; ya mansos los brutos nos obedecen, nos defienden, nos ayudan y nos sustentan; ya descubrimos y atajamos al microbio y lo vencemos con sus propias armas; ya la muerte se aleja, y el dolor se suprime, se mitiga o se consuela; ya, con la previsión, se liman los dientes y las garras del siniestro; ya se disipa la caterva de pavorosos mitos, y los que van quedando se ennoblecen y agrandan a medida que su número tiende a cero; ya el derecho prevalece sobre la violencia y abre cauces a la liber-

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

tad y horizontes a la virtud; yá la aglutinación cívica originó las grandes agrupaciones humanas, tutores gigantescos de sus diminutos componentes; yá existe el dinero, gratitud circulante, trabajo latente, presto a resurgir dónde, cuándo y cómo se quiera; yá el culto a lo bello se va trocando, de vaga afición, en noble exigencia; yá la palabra se analiza, se compone, se pinta, se multiplica y se conserva; yá las lenguas próceres, vehículos de generosas ideas, tienden su amplio vuelo sobre las multitudes y los mapas, y se podrían oír de las estrellas, si hubiese allí quien las escuchara; yá, en fin, la eficacia creciente del verbo, nacido para la comprensión y el mutuo auxilio, anuncia, en sueños, pacíficas auroras.

¿Cómo descender a la prolija consideración de los exquisitos bienes que hacen amables las horas presentes, merced al formidable impulso del pasado? Envolvámoslos a todos, por igual, en el aroma de nuestra gratitud; pero dos de ellos se destacan con tal relieve y luminosidad que reclaman preferente apartado en la estimación. Trátase, como habreis adivinado, del libro y del periódico. Son los más espléndidos regalos que el hombre ha hecho al hombre mismo. Difícilmente los siglos engendrarán cosa que valga más, que sirva para tanto. Aunque está mandado, por decreto, que en determinada fecha nos entusiasmeemos oficialmente con los libros, no por eso dejemos de venerarlos cordialmente; ni en ese día ni en el año entero; sin olvidar que el más sincero homenaje que rendirles podemos consiste en estudiarlos. Con motivo de la festividad aludida, falanges de esclarecidos oradores sueltan periódicamente las cataratas de la hipérbolé y el ditirambo; y siempre causan la impresión de que se quedan cortos en sus loas, a sabiendas de que no aciertan a decir lo mejor, en lucha con las terribles dificultades de los temas fáciles. No incurriremos aquí en la pretensión de superar a nadie en la porfía laudatoria de lo que está por encima de todo encomio: sólo aspectos fragmentarios del asunto incumben a nuestra tesis, indagatoria de emociones. Libros y felicidad suenan bien, juntos. Mil

*Debida gratitud*

*El libro*

veces se habrá dicho, en ésta o en la ótra forma, y siempre con razón, que el libro es compañía en la soledad; solaz, en el fastidio; ocupación, en la holganza; reposo, en la fatiga; consuelo, en el pesar; tregua, en la desgracia; recuerdo, en el olvido; consejo, en la duda; luz, en la ignorancia; amonestación, en la flaqueza; enmienda, en la culpa; aliento, en la abnegación; y maestro y amigo tan discreto, en todo caso, que habla cuando se le pide, y calla cuando se desea. ¿Qué persona de mediana cultura y de alguna reflexión no reconoce deber a la lectura los instantes de más puras satisfacciones?

En el orden concreto del libro científico, pese a cuanto se ha declamado contra la enseñanza libresca, él continúa siendo, merecidamente, el símbolo del estudio, como depósito de donde sacar, sin que se consuman, los dones de la sabiduría. Las verdades allí almacenadas como definitivas, y los cabos sueltos, que las mismas brindan a la duda y a la curiosidad, retratan un momento y un aspecto de la magna empresa que el pasado fia transitoriamente a nuestras manos, con sugerencias de continuación y de mejora. Por boca del libro nos hablan los héroes innúmeros a quienes todo lo debemos. Capacitarnos de lo que hicieron, posesionarnos de lo que lograron, es gozosa incautación que nos sitúa en la imponente línea de avance que les atajó el paso. Si hay emoción en todo ello, si, por el contrario, puede el corazón desentenderse de las andanzas del cerebro, en el asunto más grave de la Humanidad, contéstelo cada cual, para conocerse a sí mismo y obrar en consecuencia.

Claro que hay otras fuentes del conocimiento, frescas y deleitosas; el libro vivo de la realidad, y el de los engendros puros del entendimiento superan a tódos; mas, para deleitarlos con provecho, importa que la previa erudición nos ponga al tanto de lo que yá otros descifraron; pues, por mero prurito de objetividad y de inventiva, no vamos a desdenar ni la teoría directriz ni las adquisiciones consumadas. Insensato quien rompiendo con la Historia, quisiera, por sí sólo, rehacerla y proseguirla.

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

No hay que dudarle: cada día valdrá más el libro, como creciente hacina del saber; pero su absoluta hegemonía, aparte de no haber quien la defienda, tendría que compartirse con el mágico encanto y omnimodo poder de la prensa periódica, en esta venturosa «edad del papel», más feliz que aquella «de oro» cantada por don Quijote ante los absortos cabreros, y tan fabulosa como él mismo. La fiesta del periódico no hay porqué instituirle: bastante homenaje representa la pena que sentimos un día por semana, en ausencia de esas hojas pensantes que llevan por doquier las palpitaciones de la actualidad. Órgano de la conciencia colectiva, instrumento de la democracia, luz social de los hogares, observatorio de las gentes, magisterio y magistratura con alas, primicia virginal de la Historia,..... ¡cuánto cabría decir del periódico, sin el cual la vida moderna perdería el más dulce de sus halagos! Agote la tesis quien se atreva: desde el punto de vista del estudio, el sumo elogio del periódico es reconocerlo por complemento del libro, interesante y atrayente, con la lozanía de la novedad. Los tiernos brotes del saber, turgentes de promesas, se ofrecen a la universal contemplación en las revistas científicas. Son ellas las que, realizando el tacto de codos de inúmeros investigadores, organizan el frente único para la acción conjunta, en provecho de la causa común, preocupación obligada de cada cual. Así lo exige la solidaridad mundial de la Ciencia, modelo y base de otras solidaridades que al cabo se impondrán, con ayuda, es claro, del resto de la prensa: de esa prensa que no cometeremos la profanación de llamarla profana, porque nunca lo es en absoluto.

*El periódico*

\* \* \*

La lectura, como medio de estudio e instrumento de enseñanza, cuenta con la enemiga de algunas gentes, todavía horrorizadas por el abuso y exclusión del uso que antaño se hizo del libro, destinado a aprender sin entender, en la

*La lectura  
didáctica*

escuela primaria y aun en ótras: funesta época la de la Pedagogía invertida que parecía empeñada en levantar odios y repugnancias frente a lo más digno de ser amado y apetecido. Predicando filosofía, sembrábase fobo-sofía. ¿Fué aquello, simple error, o fué habilidosa táctica oscurantista, tramada freudianamente, en los alevosos antros de la subconsciencia? Los aires que entonces corrían justifican tal sospecha. Lo cierto es que legiones de maestros inmunizaron a muchas generaciones contra la afición al libro, poniéndolo a nivel de la afrenta y del castigo, entre los resortes culturales. Data de aquéllos tiempos la compasión que aún inspiran el niño, el adolescente o el joven amarrados a un texto, que, por sólo este nombre, se supone refractario a la razón y rebelde a la memoria. Todavía es creencia generalizada que cuantos estudian lo hacen de mal grado, y se atribuye amargura de acibar a la tinta de las letras. Algunos viejos de ahora recordarán, sin duda, que, más que la brutal palmeta, más que el estigma infamador, era temible la tremenda uña con que el dómine marcaba, entre las líneas del librejo o del libraco, la magnitud del suplicio mental de la jornada. Mas todo ello ya pasó, o está pasando; ya sabe la infancia de hoy, que leer no es sólo traducir rayas a sonidos, sino además y esencialmente comprender el pensamiento del autor. Por exceso de reacción contra las antiguas desdichas, no incurramos en desmedidas restricciones, rayanas en la proscripción; no carguemos sobre la lectura didáctica la culpa de quienes la emplearon torpemente, que fué como no emplearla jamás, convirtiendo en daños los provechos. Mejorar el modo es lo que importa; pero, una vez conseguido ¿porqué rebajar la cuantía y nó aumentarla? En justicia, debemos a los manes de los fenicios y de Gutemberg un desagravio reparador, por él indigno empleo que se vino haciendo del alfabeto y de la imprenta. Volvamos, devotos y agradecidos, a recoger los beneficios que se perdieron; disfrutemos leyendo mucho y bien, sin merma y con ventaja de ese practicismo tan en auge, y tan en riesgo de acabar en empirismo.

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

La viva voz del maestro supl̄e y, en ocasiones, supera al trabajo de lectura; y tanto más cuanto el estudio es más elemental, y la bibliografía abordable más restringida. En la escuela de primeras letras pudiera prescindirse del libro como vehículo de ideas; pero no cabe desterrarlo de allí en absoluto, puesto que hay que enseñar a leerlo, dando a este verbo su más noble acepción. Yá en órdenes superiores de la enseñanza, aun suponiendo que la intermitente y fatigable atención auditiva logre amoldarse al copioso fluir de pensamientos envueltos en la fugaz palabra; aunque ésta realice prodigios de luminosidad, de adhesividad y de penetración; la lección oral no desliga de la necesidad gustosa de leer, más bien la exalta y la conduce hacia su cabal satisfacción. Y hay en ello, reciprocidad, porque, libro y maestro no compiten: son leales colaboradores, propagandistas, cada uno, de las excelencias del ótro.

*La voz del maestro*

\* \* \*

Con todo lo dicho no quedan agotadas las partidas positivas, en el saldo sentimental del estudio: falta quizá la de más fácil percepción, la menos discutible, la más humana, por su obvia conexión con los mundanos motivos que llevan a la juventud por los cauces de la intelectualidad. Tal es la visión anticipada y dignamente sentida del ejercicio de una profesión; aspecto que permite, o mejor «demanda», igual elevación de miras en que hasta aquí hemos procurado sostenernos. Asoman su faz los particulares intereses tarados de egoísmo; pero, en cambio, se encienden ahora efusivos anhelos de ofrecer beneficios concretos, en fraternales transacciones. Honda satisfacción es, para el que estudia, incorporarse a la magna obra del progreso, y sentirse su adalid; mas, por su misma grandeza, hay en ello la vaguedad de lo difuso y la incertidumbre de lo épico. No sucede así con las inmediatas promesas del orden profesional, bien determinadas y de muy probable advenimiento. No es yá la amplia administración del inmenso caudal de la Ciencia;

*Esperanzas profesionales*

es el menudo suministro de los frutos del saber. Modesto cometido, así expresado; preeminente, sin embargo, en la escala de los valores morales, y legítimo ideal de las más nobles aspiraciones. Merecer sitio y consideración en la columna humana, cuya suprema ley es el mutuo auxilio; percibir la importancia del servicio prestado; contar con la autogratitude, remuneración segura del deber cumplido; perfeccionarse con la experiencia, esos son los alicientes con que lo venidero endulza y estimula el trabajo de quienes preparan las más exquisitas aportaciones para la vida en común. El estudio, mostrándonos la luz interna de las profesiones, nos la representa en su verdadera dignidad, basada en tremendas responsabilidades, ante incalculables aciertos. Hay emoción en aprender el papel que en su día nos tocará desempeñar; ¿cómo no saborear *in mente* las dulzuras del éxito, acuciadas por las amenazas del fracaso? Vive, el escolar, la época de las oportunidades decisivas de la dicha futura; sus sueños de hoy definirán el tinte de las realidades de mañana; porque, si bien la cantidad de los placeres la fija el azar, la calidad de los mismos la deciden nuestras preferencias. El período formativo es propicia ocasión de aficionarse a los panoramas de altura, huyendo de los míopes horizontes del egoísmo, pequeños como el contorno de la simbólica peseta. Amplia comprensión del escenario en que se actuará, condiciona, facilita y acrecienta el triunfo.

*Altruismo  
profesional*

Echa los cimientos de la propia ventura el estudiante que, desde los principios de su carrera, nimba los conocimientos que adquiere, con la generosa ilusión de aplicarlos al bien ajeno, del que nadie puede separar el suyo. Sería un contrasentido la escueta preparación para individuales provechos en un centro que se llama Universidad. Se comprende, se explica, se disculpa la cuenta solitaria de la obtusa felicidad del ignorante; pero la visión clara de la solidaridad social, el sentirnos partículas de un conjunto armónico sin el cual nada seríamos, nos hace tributarios de esa superior afectividad inherente a la obligada fracción de altruismo que hay en todo trabajo. Por fortuna, el verdadero estudio va-

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

lora sus conquistas, sin criterios de ruindad, que se ocultarían avergonzados, caso de existir. Honorabilidades y satisfacciones, más que honorarios satisfechos, pueblan y deben poblar la fantasía del candidato a profesional del saber, digno de serlo.

De romanticismo académico, exento de realidad, habrá quien tache lo que antecede, recordando la miseria de las diarias contiendas por el mendrugo; y será pertinente la llamada, ya que, en efecto, se dan esas desdichas y harto se repiten. No llegaremos, sin embargo, a la concesión de que todo sea cieno, porque abundan las charcas; y seguiremos creyendo que aún quedan nieves immaculadas en la sierra y que es más fácil rozar el fango si desde muy temprano se vuela demasiado bajo, o no se vuela. Ni siquiera nos avenimos a considerar en minoría semejantes puritanismos. No calumniemos a la juventud con la ruin sospecha de que, cuando estudia, planea exclusivos negocios para sí misma, sin efusión para la Humanidad, a quien toda sabiduría debemos. Y por si el optimismo nos ciega, sometamos la cuestión a plebiscito. Vaya, pues, de consulta: Cierta estudiante de Medicina encariñado con su vocación, y tomando del mañana un anticipo de felicidad, exclamaba junto a la cuna de un diftérico:—¿Qué son todos los millones del mundo, comparados con la alegría de practicar una traqueotomía, con éxito?—Lo habeis oído: vengan ahora los sufragos. ¿No es verdad, insignes camaradas de quien aquello pensó, que suscribis sin vacilar, sus palabras? ¿Habrá alguien de vosotros que ponga tibieza o demora en la afirmativa? ¿No añadiréis por rebosamiento de convicción, que, no ya en el angustioso trance del niño que se ahoga, sino en todo momento, la Clínica es empeño de piedad, antepuesto a cualquier ótro? Seguros estamos de la unanimidad de pareceres, sin que recelemos de la hipocresía, que, en fin de cuentas, no es más que el acatamiento a la calidad y cantidad del sentir ajeno.

*Encuesta*

Se argüirá que hemos limitado la encuesta al propicio plantel de los médicos e higienistas, caballeros andantes de

la salud, cándidos manirroto que aspiran a que nadie los necesite; y que, además, el ejemplo de la traqueotomía está tomado, para deslumbrar, de lo más brillante del joyero de Esculapio. Esto último era obligado: ¡había tantas actuaciones prodigiosas de que ufanarse! Y aun anduvimos parcos en la exhibición, porque nos redugimos a representar al bisturí en uno de los incontables casos en que salva una vida, siendo así que pudimos aludir al forceps, que las salva de dos en dos, o a las vacunas, que las salvan por millares o millones. En cuanto a que las demás profesiones carezcan de análogas excelsitudes morales donde explayar el ánimo, rechazámoslo, cual fruto de irreflexiva incomprensión o de parcial exclusivismo. Hay, en el orden social, cosas que significan tanto o más que el dolor y que la muerte, y que a la muerte o al dolor conducen, por ostensibles o extrañados derroteros. No sólo ahoga el estrechamiento de la laringe: ahogan también, la deshonra, la injusticia, la ignorancia, el error, el crimen, la servidumbre, la miseria; y contra todo ello cabe esgrimir con gallardía las distintas armas del saber, poniendo el corazón a tono de la inteligencia redentora. Y no dudeis que si al resto de la masa escolar le interrogais en sus diversas vocaciones, en términos semejantes a los sugeridos por aquel futuro hijo de Galeno, las contestaciones serán igualmente fervorosas y unánimes, con prontitudes en que vibren la juventud y la generosidad. Quede, así, sentado que, en general, las sanas alegrías profesionales, presentidas en el camino que a ellas conduce, lo amenizan con delicados aromas de floridas esperanzas.

*Poesía de la  
ciencia*

Y, sintetizando, tras el prolijo análisis que precede, concluyamos que el estudio es, en todos sus aspectos, manantial de goces de aquella categoría superior reservada a las sublimidades del Arte. Y no es mucho que tal suceda, porque, si la Ciencia consiste en pensar alto, y mueve a sentir hondo, y exige hablar claro, ¿qué le falta para ser poesía?

\* \* \*

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

No pasemos adelante sin dejar consignado que, si bien el estudio conduce al saber, no todo saber se debe al estudio; y, aunque sea mermar interés a nuestra tesis, añadamos que la gran masa de nuestros conocimientos la poseemos sin haberlos buscado; nos han sido impuestos por el plasmador torbellino de la vida, sin anuencia de nuestra voluntad, acaso rebelde. Encerraba un fondo de verdad la ingenua manifestación de aquel gran desaplicado que calificaba de «alevosa» la cultura que recibiera en la infancia. Ciertamente, las más fundamentales nociones de las cosas se apoderan de nosotros mucho antes de que nos quepa el deseo de alcanzarlas; nos salen al encuentro; con ellas tropezamos, y se nos incrustan por siempre, con categoría de necesidad, en la cera, entonces virgen, de la conciencia. Y así, ocurre que cuando comenzamos a darnos cuenta de que existimos como seres diferenciados del resto del universo, ya éste se nos ha grabado con las características que lo definen, de tal suerte, que referimos a la misma fecha, oscura y remota, el sentir que vivimos y el sentir que sabemos. Así pudo decir Descartes que lo segundo es prueba de lo primero. A nadie le es dado recordar que fué en absoluto ignorante. Buceando en lo más hondo de la memoria, nos parece haber nacido con una experiencia hereditaria, tan ajena a nuestra voluntad como la hechura de nuestro cuerpo. La leve mariposa que da nombre a la Psicología, olvida su fase de oruga en que, plegadas y ocultas, se le formaron las alas. Al despertar en el mundo, semejamos discos de gramófono, acuñados ya con su rayado sutil, aptos para funcionar, sin que punzón alguno los haya impresionado; y es que una labor vertiginosa del ambiente físico y social, nos moldea implacable, sin permiso ni afán de nuestro lado, en las horas misteriosas de aparente letargo inicial, mientras paulatinamente pasamos de las tinieblas vegetativas, a las brumas de la animalidad y a la aurora de la razón. Sólo más tarde se diseñan y adquieren vigor creciente las actividades necesarias para el estudio: la atención voluntaria y la volición movida por ideas; y si entonces nos miramos por dentro, nos sorprendemos sabe-

*Lo que aprendimos sin estudiarlo*

dores de infinitas verdades, más valiosas aún que por su número por su imperativa certeza. Lo que aprendamos luego será ya relativamente poco: el lastre de oro, con que nos demos a la vela, al soplo del estudio, será siempre mayor y más estimable que cuanto cargamento logremos con posterioridad. No hay temeridad en afirmarlo, y proclamémoslo bien alto, para corrección de vanidosos: las diferencias de saber, entre los hombres, con ser inmensas, son muy pequeñas si se comparan con la espléndida dotación común, que arranca de la cuna. El dormilón distraído que allí se deja mecer, parece que nó, pero se entera de todo: de todo cuanto hace al caso para lanzarse a la vida. ¡Y con qué acierto acapara los elementos de la realidad! A su lado, Aristóteles nos parecería un pigmeo, si no consideráramos que Aristóteles también fué niño, y disfrutó, por tanto, del gigantismo mental de la infancia.

*Psicogénesis*

Es en los primeros tiempos de la edad preescolar, como en la prehistoria de la civilización, cuando hemos dado los pasos más decisivos de nuestra cultura. La tarea psíquica en esos meses, pues casi no vale decir años, es portentosa y lo parece tanto más cuanto más a fondo se la considera. El niño, en plazo tan breve, descubre el mundo y se descubre a sí mismo, que significa otro tanto; y no solamente los descubre sino que toma minuciosa posesión de ellos. Como el aire se precipita impetuoso en el pecho del recién nacido, lánzanse a lo hondo del caos mental las infinitas llamadas del ambiente, por miles de millones de neuronas sensitivas y otras tantas o más neuronas intercalares, unidas entre sí por billonadas de diagonales; de cuya red maravillosa parten conductores para los millones de teclas de un dispositivo motor al cual obedecen sumisos los 501 músculos estriados, capaces de actuar sobre las 300 articulaciones móviles y otras partes no rígidas del cuerpo, incluida la lengua, a tan grandes proezas reservada. Y por tanteos, de que apenas se entera quien desde fuera los observa, aprendemos entonces, cuáles son las agrupaciones simultáneas y las oportunidades sucesivas del empleo de dichos músculos,

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

para dar, a la estatua humana, ésta o la otra figura y acoplarla, según conviene, a las realidades exteriores; y surgen el equilibrio, la defensa, la traslación, la expresión y, lo que es más importante, el manejo activo de los sentidos, que nos permite proyectar en el Cosmos las íntimas imágenes; «derramar el alma en el paisaje», según la consagrada expresión escolástica. Y, así como el mundo penetró antes en nosotros, ahora nosotros nos esparcimos por el mundo, y lo palpamos con las puntas remotas de los rayos luminosos, con las ondas sonoras, con las emanaciones adoríferas; y tocamos audazmente con el «yo», las cosas más inverosímiles, las constelaciones del cielo, los fondos de los mares, el hierro candente, las fauces de la fiera que bosteza. Nunca de esto sabremos lo bastante para medir nuestra ignorancia y asombrarnos cual debiéramos. El sólo percibir la tercera dimensión del espacio es un alarde de triangulación rápida y precisa, en que los ojos infantiles, midiendo ángulos infinitesimales, en vertiginosa sucesión, resuelven problemas trigonométricos, que a goeostas y astrónomos entretienen largas horas, con auxilio de complicados instrumentos y de voluminosas tablas de logaritmos. ¿Y qué decir de la fecunda noción del tiempo, tan clara, tan firme, tan temprana, y a la que, luego, los metafísicos y teólogos no saben añadir sino dudas y negaciones? Pero el acontecimiento culminante, en esa época de las hazañas sin fecha, es lo que pudiera llamarse la proclamación de los axiomas, que, por ser los mismos en todos los sujetos, constituirán la base inmovible de cuantas edificaciones, a prueba de sentido común, levantará más tarde la razón.

Tan maravilloso es todo ello, que hay quien lo niega, *¿Saber innato?* por estimar que las solas puertas de los sentidos son estrechas para los adecuados menesteres, y que la más feliz estructuración del sistema nervioso no basta para explicar tales prodigios, sin un fondo de sabiduría innata; la cual (y aquí se argumenta ya por analogía) sería muy ostensible en algunos actos instintivos, inteligentemente ejecutados por los animales, con anterioridad a toda experiencia. No

bien el polluelo ha roto el cascarón, condúcese como si el nuevo ambiente le fuese familiar: escenario conocido en donde lanzarse a cumplir premeditadas tendencias y ensayadas habilidades. Quede para los psicólogos y embriólogos dilucidar si algunas neuronas tienen desde su origen el mismo arreglo molecular que el adquirido por otras que ya vivieron, y si pueden guardar el recuerdo ancestral de aprendizajes seculares, vinculados y acumulados en la especie. Mas no esperemos la contestación, que tardará sin duda. En nuestro caso, podemos dejar perentoriamente consignado, que el niño (pequeñuelo del extraño «animal que inventa y perfecciona lo inventado»), aunque pobre de solemnidad en cuanto a instintos, aprende con igual facilidad lo más rancio del humano saber, que las más recientes novedades, aun las advenidas después que él nació, y extrañas, por tanto, a toda vinculación hereditaria. Trátase, pues, de un gran poder actual de adquisición, no de la sencilla revelación de dotaciones prenatales. Y así, el tierno neófito descubre y asimila lo más esencial de la cultura ambiente, cualquiera que sea el grado de ésta, con idéntica prontitud en todos los casos; adquiere dos, tres, cuatro idiomas, simultáneamente, como si fuesen uno solo; y cabe pensar que lo mismo sorprendería la clave de la lectura y la escritura, si de ellas se hiciera en torno a él, la aplicación, inundante y acosadora, que hacemos de la palabra hablada. Lo que se tiene por malo y lo que se tiene por bueno, apréndelo muy pronto, cual quizá nunca lo sepa; y percátase, sin demora, de la mágica virtud del dinero y del culto que se le rinde. Y ¿a qué seguir? En cada país, la riqueza mental del niño preescolar, mide el nivel de la del vulgo, y, si aquélla no alcanza más, no se achaque a saturación de una capacidad limitada, sino a agotamiento de las cosas brindadas a la captación, en forma adsequible; porque, en esa edad, por abreviados procedimientos, que sólo en la Embriología encuentran similares, recorreremos sustancialmente, caminos en que la Humanidad invirtió miles de años. No se arredrarían los niños actuales, ante una civilización de superhombres: aconseja Kant que

*Pobreza nativa y capacidad de adquisición*

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

los preparemos para ella; más razonable parece que la preparemos para ellos. En un ambiente de suprema cultura las escuelas serían innecesarias, porque todo sería escuela.

Observemos, ahora, para colmar los motivos de admiración, que, tan ciclópea labor se cumple, al parecer, sin enojo ni fatiga: bien que, contra uno y otra, cuenta el niño con el gran refugio del sueño, y cuando a él se acoje, hartado se lo tiene. La dulzura de ese sueño, premio del trabajo despierto, expresa elocuentemente el valor de la tarea realizada. Respetemos, como lo más sagrado, el reposo del héroe que duerme sobre sus laureles. Pero ¿realmente descansa? Razones hay para sospechar que no del todo; que, tras de aquellos párpados que cayeron como un telón entre dos mundos, continúa, en el de dentro, una tarea de incautación y arreglo de lo recién adquirido en el de fuera; como la que realiza el botánico, en horas de solaz, incorporando a su herbario los preciados ejemplares que recogió afanoso, en ruda jornada, por prados y por montes. Tal vez la plácida sonrisa que arrebola la faz del cándido durmiente la susciten íntimas fosforescencias del rico botín de la vigilia. Tema seductor, para tratado aquí, es el de la cerebración inconsciente; pero, aplicable también al adulto, quédese para luego, cuando consideremos en su universalidad el papel didáctico del sueño.

*El sueño infantil*

\* \* \*

La abusiva digresión que precede se ha encaminado a evidenciar lo muy propicios que los pequeños se muestran para aprender a su manera, en contraposición con lo reacios que son a estudiar como los mayores, con propósito, plan y fin. La primitiva curiosidad goza de vivir, como ha nacido, en el mundo de lo espontáneo. Repugna al niño que le lleven la mano y que le lleven el pensamiento, cual si adivinara la alta dignidad que tienen ambos: su querer y su atender seguirán cualquier camino menos el previamente trazado. Su voluntad consciente surge más pronta y vigoroso-

*Rebelías*

sa para el «no» que para el «sí». Acaso el negativismo, que la Psiquiatría estudia entre los síndromes vesánicos, consista en el retorno a disposiciones infantiles, que reverdezan a deshora y para mal, como en los tumores malignos las viejas estirpes celulares. Pero, en su tiempo y sazón, esas rebeldías de la vida mental que empieza son, según vemos, compatibles con el copioso aprender; y, como nunca se extinguen por completo, convendrá tenerlas presentes para respetarlas y utilizarlas, sin más imposiciones que las de la propia razón, conforme vaya siendo posible.

*Transición al estudio consciente y deliberado*

Y en efecto, los progresos de la edad, que así desgastan y borran los más vigorosos trazos del carácter, como desfilan y exaltan otros nuevos y aun contrarios, permiten que el niño pase del aprender sin proponérselo, al aprender buscándolo. Claro está que ello ocurre de modo gradual, y con ritmo vario, según los sujetos, en una especie de pubertad, ya rápida, ya lenta. No hay en el fondo, sustitución total de un mecanismo por otro: la tendencia primitiva al mariposeo, subsistirá siempre; mas en lugar de ser exclusiva, como al principio, admitirá, con creciente tolerancia y complacencia, la intercalación de vuelos de largo alcance y meta fija; el niño se avendrá a estudiar. Pero ¿cómo impedir que, con el cambio en la forma de captación del saber, decaiga lamentablemente el rendimiento? Interesante será mantener los rasgos característicos de las normas primitivas, que tan fecundas se mostraron. Bien se destacan las que son: la alegría y la sensación de libertad, incluyendo, en esta última, la opción al descanso suficiente. El gran triunfo de la Pedagogía consistirá en despertar y acrecentar la auto-subordinación de la atención; en inspirar al educando, como ocurrencias propias, gratas y provechosas orientaciones. Será la enseñanza la hábil y generosa administración de la curiosidad ajena, sin que el favorecido perciba el propósito, ni a veces la mano del bienhechor.

\* \* \*

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

Sugerirle al educando antojos que le sirvan de provecho; conseguir que haga, por espontánea decisión y para su bien, lo que el maestro determine, parece empeño paradójico, algo así como despotismo liberal, benéfica tiranía o tramposa lealtad; problema semiabsurdo, que ahora empieza a plantearse científicamente, y que el cariño tiene medio resuelto desde que hay madres en el mundo.

¡A cuántas reflexiones invitan esas ideas hoy reinantes en orden a la educación! Soslayemos, por impertinente, o si se quiere, por demasiado pertinente, la enervadora duda de si el amor a la libertad es el culto a una quimera. Quede para las esferas ultrametafísicas, en su apartado de lo inútil, subapartado de lo perjudicial, la eterna cuestión del valor del determinismo, el rompe-cabezas de si la relación de causa a efecto consiente vaguedades; si las trayectorias de lo porvenir son unilineales y preestablecidas, o ramificadas e indecisas; cuyo sólo enunciado ya marea. ¡Arcanos, a un lado! Para nosotros, las cosas pasan como si alguna libertad tuviéramos y con su ejercicio nos solazásemos y con sus restricciones padeciésemos; y tanto la amamos, que ningún bien nos parece cumplido si a costa de ella nos lo brindan. Las dulces cadenas, las jaulas doradas, las cárceles floridas de que nos hablan los poetas, pierden su hechizo si nos damos cuenta de que están cerradas. Creernos libres: tal es *Libertad gobernable* el primer postulado de la dicha. Por fortuna somos en esto bastante contentadizos, es decir, lo suficientemente ciegos, para no percibir cuán estrecho es el margen de nuestras opciones, cuán próximas tenemos siempre los infranqueables linderos del albedrío; y nos basta no verlos, para considerarnos venturosos. Precisamente en esa ceguera, muy acentuada en el niño y en las multitudes, y que la pedagogía y la política explotan, se basa la mayor parte de la felicidad de la infancia y de los pueblos. Hasta de adultos y singularizados, nos imaginamos que elegimos nuestros trajes, nuestras costumbres y nuestras devociones, sin percatarnos del blando empujón del ambiente, sugestivo y esclavizador; por lo común, no se requieren atributos de divinidad para

que alguien pueda predecir lo que libremente haremos; y veces hay en que si nos dejan sueltos, la indeterminación resulta ingrata. En realidad, sólo las grandes y súbitas violencias nos sublevan; de ordinario, nos dejamos arrastrar, pensando que bogamos, por la corriente del conformismo, en corroboración de que vivir es adaptarse, según reza el principio spenceriano. Por el método insinuante, o sea de la insistente adición de las variaciones imperceptibles, se llega a modificar o invertir las nativas tendencias; como la más pequeña fuerza, si perdura, impone inflexiones parabólicas a las más impetuosas rectitudes. Todo es asunto de gradación y de constancia, sin coartar abiertamente las primitivas orientaciones.

*Confianzas*

Si diésemos personificación al saber, podríamos poner en sus labios: «Haced que los ignorantes vengan a mí; pero no los traigais a rastras, que me cobrarán horror y pugnarán por alejarse». Pero ¿qué extremos de coacción puede haber en las formas habituales del estudio? ¿Qué fundamento tiene la vulgar presunción de que siempre estudiamos de mal grado? La Humanidad que tantas tiranías ha soportado, que tales ejemplos tiene dados de sumisión, ¿se mostrará irreductiblemente reacia ante la mejor intencionada de las imposiciones? No lo creemos; y, si en algún tiempo aquella pesimista apreciación de las gentes halló justificación en inveterados errores, hoy día se conocen medios para conseguir que el estudio sea gustosamente aceptado y deleitosamente proseguido. Desapareció ya el dómine espanta-muchachos: ya la escuela, donde se les enseña a los chicos a merecer la honrosa confianza de los gorriones, consigue, asimismo, ganarse la de los niños, no menos asustadizos que los pájaros, y aun más sagaces conferidores de patentes de bondad. Falta, no más, que la cooperación social y las facilidades económicas ayuden a los beneméritos adalides de tan redentora misión.

\* \* \*

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

Pero nos desviamos demasiado: no incumbe a los grados superiores del cultivo mental la tarea meritísima de entrenar a la niñez y a la incipiente juventud en las andanzas del aprender voluntario. Ese paso insensible desde la enseñanza natural, o de inmersión en la realidad, a la enseñanza artificial, con sobreañadidos estímulos y amañados ambientes, suponémoslo ya conseguido por los héroes de la Pedagogía. Se aprende sin estudiar, en la Escuela; se aprende a estudiar, en el Instituto; se aprende estudiando, en la Universidad. Lo más difícil se nos da ya hecho. Aquí se utilizan, a cartas vistas, el consejo y la persuasión, sin ocultación ninguna del propósito didáctico. Disponemos, sin restricción, de todas las armas. Nuestra misión es la más modesta, la más fácil y la más franca, pero se subordina a dos condiciones que no siempre pasan del terreno de las hipótesis: es la primera, que aquellos héroes cumplan efectivamente su cometido, que nos entreguen verdaderos estudiantes; y es la segunda, que nosotros no destruyamos tan buena obra, con procedimientos atentatorios a la fecunda espontaneidad; que reduzcamos, al límite de lo inevitable, cuanto signifique coacción. Tocamos, con esto, a la vez, al magno problema del tamizado para las profesiones del intelectualismo, y al todavía más grave asunto de la libertad en el estudio y del liberalismo en la enseñanza. No los abordaremos; basta con señalarlos. Esquivemos el tema, casi policíaco, del intrusismo escolar, que en sí lleva su castigo, inmerecido por cierto, al carecer de malicia la falta. Damos por sentado que el espíritu democrático que vela porque ningún talento se malogre en los campos y en las fábricas, consigue, asimismo, derivar, por sus adecuados cauces, a los no nacidos ó no preparados para la Universidad. Suponemos que el estudiante lo es en efecto, porque puede y quiere serlo; y a los goces y penas de él nos referimos tan sólo. Para los «matriculados» absurdamente, la cuenta sentimental es bien sencilla: el vértigo de la inadaptación. Y, respecto al criterio liberal que aquí deba imperar, sea motivo de meditación para el profesorado y los poderes públicos, llamados a pro-

*Facilidades  
universitarias*

curar que, entre lo científico y lo académico, no se interponga, sino en la estricta medida, esa terrible dificultad que se llama desconfianza, y que conduce, mientras no haya prueba en contrario, a que el discípulo vea en todo maestro a un tirano, y a que el maestro considere a cada discípulo como a un interesado en ocultar torpemente su ignorancia, siendo así que debiera invocarla en solicitud de remedio: mutuo recelo que impone, al templo del saber, ambientes de fielato o de aduana.

\* \* \*

*Patología  
del estudio*

Frente a los goces del estudio, hay que considerar las circunstancias que los merman, los desvirtúan o los cambian en penas, con reducción inmediata del placer y desfalco subsiguiente del provecho. Por extraño que parezca, la captación del saber es a veces dolorosa; y con tal frecuencia ocurre así, que autoriza a dudar de qué lado está la regla y de qué lado la excepción. Absoluta y constante complacencia, en un mismo sujeto, no se da nunca; mentiría quien dijera que siempre estudió a gusto y totalmente a gusto. Mézclanse, en el trabajo de la mente, las hieles con las mieles, en proporciones y por motivos sin cuento. Sería, ciertamente, interesante catalogar las modalidades de esas amarguras, y referirlas a sus causas presumibles, con miras a ilustrar el gran capítulo de la profilaxis, en el largo tratado de la patología del estudio. «Patología», así como suena; porque la falta de euforia revela siempre morbosidad, ya en el más noble de los procesos psíquicos, ya en el más grosero de los menesteres fisiológicos.

Ni las articulaciones, ni los músculos, ni el estómago, ni los pulmones, ni el cerebro, ni el corazón, deben producir molestias cuando funcionan normalmente; por el contrario, han de sumar sus notas placenteras al gran himno de la salud. De ésta, se ha dicho equivocadamente que consiste en no percibir la existencia de nuestros órganos: triste con-

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

cepción que confundirla el suicidio y la mutilación con la Higiene. No: la salud, más que al cero indiferente del dolor, se parece a la plenitud positiva del placer; aunque, por nuestra incorregible distracción, no lo advirtamos. Todo el encanto del deporte estriba, precisamente, en capacitarnos bien de que vivimos, sintiendo cómo llegan a los límites de su excursión las piezas de nuestra máquina. También el cerebro disfruta de poseerse ampliamente a sí mismo; también el estudio es un deporte; el mejor, el que complementa y ennoblece a los otros, de los cuales, a su vez, necesita, para no incurrir en el agotamiento y en el tedio. Muy próximo está el día en que los establecimientos docentes merezcan llamarse «Campos del atletismo integral», y en cuyo frontispicio pueda inscribirse: «Aquí se enseña a disfrutar de la vida, gozándola desde luego». ¡Cuán atractivos resultarán entonces tales centros; cuando sea proverbio vulgar que «la letra con gusto entra!». Mas, ¡ay!, que por ahora... por ahora, todavía es oportuno describir las formas del aprender molesto, imitando las normas expositivas de la terrible ciencia del dolor, cabalgata sin fin de los que lloran. Pero el desfile, ante vuestra consideración, de los padecimientos del estudio, resultaría abrumador, aun con la discreta supresión de lo obvio y la obligada omisión de lo desconocido: es asunto que merece un libro, si hay quien lo escriba, mas no cabe en un discurso, si hay quien lo escuche. Así, pues, tranquilizaos: no viene a continuación, como sería de rigor, el férreo tinglado de un cuadro sinóptico, cubierto por amazacotada prosa, hasta los más finos varillajes. Precisa, sin embargo, establecer distinción entre los factores enojosos que en el estudio mismo radican, y los sobrepuestos por circunstancias que le son extrañas:

Los primeros motivan un orden superior de sufrimientos que casi no lo son y que se amalgaman perfectamente con el disfrute adquisitivo, dándole sabor agrídulce, compatible con la normalidad mientras no extreman sus rigores, y hasta cabe decir que son exaltadores del placer; porque es muy humano preferir el bien difícil, a la indisputada y sosa

*Sufrimientos  
intrínsecos*

beatitud. Cada uno de ellos se presta a una monografía, detallada e interesante, pero casi todos pueden resumirse en la percepción dolorosa de la resistencia que ante la inteligencia se levanta: estímulos fisiológicos, en su justa medida, que se truecan en tóxicos del sentimiento cuando arrecian y agudizan su influjo, e inhiben las fuerzas mismas llamadas a reaccionar.

La comparación abrumadora entre la magnitud de la empresa y la propia pequeñez; la ansiedad impaciente que el «ars longa, vita brevis» determina; la duda, que rebasando su fecundo papel de actitud en guardia para el trabajo, se erige en escepticismo sistemático que niega la posibilidad de conocer; el tropiezo pronto con las cáscaras inquebrantables que ocultan las esencias de las cosas; el eterno «por qué», siempre quemante y provocador; el desvanecimiento de errores queridos, que suelen ser esperanzas acariciadas; la obscuridad, la incomprensión, por limitaciones del talento; la mefistofélica tentación de goces no filosóficos, cuya ocasión se pierde; la rebeldía obligada de la atención, cuando se le exige demasiado; el tedio, el olvido rápido, y el amaramiento del recuerdo, son motivos, incipientes, de penas de las que nadie se libra por completo, pero que acrecientan, a la postre, los encantos del triunfo.

*Literatura  
pesimista*

Cierta literatura, más preocupada por el lucimiento del autor que por la ecuánime ponderación de la realidad, ha explotado esos quebraderos del estudio, para adoptar interesantes posturas pesimistas, con brillantes frases quejumbrosas. La moda del desengaño y la tristeza inspiró, mil veces, palabras de desaliento y de amargura, a cerebros ebrios de alegría y de ilusiones, y apenas iniciados en la persecución de la verdad. Todavía pasa por elegante la decepción doliente que conduce a cerrar el libro con desdén, como lo hiciera Fausto, entre sus redomas, o Adán sobre la «mesa de pintado pino». Pero en el mundo de la prosaica sinceridad, no es frecuente, sino en mentalidades rayanas o incur-sas en lo anormal, que semejantes sufrimientos entenebrezcan los bellos panoramas del estudio.

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

Yá dentro de la Psiquiatría, nada es imposible ni raro: ora es el ergotista paranoico, fatuo y receloso, que ni de la evidencia se fia, y prefiere la negación, por lo que tiene de altanera; sin perjuicio de aferrarse a errores de la propia invención; ora es el melancólico o el simplemente hipotímico, que lo tiñen todo con las negruras, *a priori*, de su miedo y su ansiedad; ya es el hiperfrénico cuya exaltación asociativa lo lanza en las vorágines, agotadoras e infecundas, de la incoherencia; o, por el contrario, es el obseso, cuya atención está dolorosamente clavada sobre una sola idea, cual una mariposa sobre un corcho; ya es el demente o el esquizofrénico cuyo sentido íntimo se extingue o descuartiza. ¡Qué de cuadros lastimeros, los fracasos, las derrotas claramente percibidas, de una inteligencia, endeble, desfallecida o perturbada! Entre las innumerables desdichas que al médico le toca presenciar, se destacan, por su fuerza singularmente conmovedora, esas situaciones angustiosas. Menos mal cuando se trata de la ruina psíquica de un pobre viejo o envejecido por tóxicos o infecciones, que poco puede ya perder; lo que lacera y parte el corazón es el espectáculo, el más reiterado por cierto, del joven lleno de entusiasmos y de bríos, quizá llevados al exceso, que siente, de súbito, cambiada y fragmentada su interna personalidad, sin discreción ni acierto para nada, pero con lucidez bastante para comprender sus propias desdichas. ¡Terribles desventuras! pero, apartemos la vista de ellas, ya que no consisten en sufrimientos por estudiar, sino en no poder estudiar.

*Dificultades de origen vesánico*

\* \* \*

Tratemos ahora de los enemigos circunstanciales del estudio; si no de todos, que son muchísimos, de los que más lo amargan y lo esterilizan. Destaca en primer término, por su extensión, su frecuencia, su gravedad y su duración, la imposición tiránica de ajenas voluntades, sobre la voluntad del que estudia, el cual quisiera ser siempre el protagonista de

*Las dificultades extrínsecas*

su tarea. Al modo de muchas especies de animales que, tristes y huraños, rara vez crían en el cautiverio, la inteligencia, si se la esclaviza, gime dolorida y apenas produce. Complejísimo alegato, en son de rebeldía, podría reunirse; y si cotejásemos entre sí los capítulos de cargos que los estudiantes oprimidos formularan contra el régimen a que se les somete, hallaríamos repetidas constantemente las mismas protestas, si bien ordenadas según individuales susceptibilidades y repugnancias.

*Sobrecarga  
de la memoria*

Acaso las mayores acriminaciones recayeran sobre el desmedido esfuerzo que a la memoria se le impone. Reconozcamos, con imparcialidad, que suele haber exceso en tal acusación; ya que no es posible el estudio, por muy libre que se le suponga, sin la necesidad de retener parte al menos de lo adquirido; y ya la palabra «aprender» expresa vencimiento de la fugacidad de la idea. Está en la esencia misma del estudio, y consta en su definición, que, al grato enterarse, haya de acompañar la obscura labor de fijación, en lucha continua con el insidioso arrastre del tiempo. La obsesión del olvido no es privativa de los escolares acuña- dos en troqueles académicos; atormenta, asimismo, a los que buscan el saber, sin sufrir la trabas de los artulujos do- centes. Darwin, que ya no podía temer a los maestros, quan- do lo era de todos, lamentábase de escasez de memoria; mas, confortémonos pensando que ello no le impidió con- templar simultáneamente la fauna y la flora de toda la Tierra, y formular la síntesis más audaz que ha levantado el pensamiento.

*Exageración  
en la queja*

Además, la sobrecarga mnemónica de que el escolar se queja, no depende tanto como él se figura, de las viciosas normas de la enseñanza; en gran escala y en frecuentés casos, es efecto de una equivocación del propio alumno que, o se cree obligado a más de lo que se le pide, o no aprendió a estudiar bien o le enseñaron a estudiar mal, y que atribuye al maestro, calumniándolo, inverosímiles exi- gencias de minuciosa retentiva. En otras ocasiones, el afán de deslumbrar a los censores, en la vana contienda por las

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

notas, induce a guardar y exhibir, en las vitrinas del recuerdo, hasta el serrín de embalaje de las verdaderas joyas del saber.

Pero, aun hechas las razonables rebajas, se justifica plenamente la airada protesta por el abuso en recargar la memoria; y cualquiera que sea su origen, es positiva la mortificación: ¿Quién no recuerda o tiene presente la terrible preocupación por los repasos; y el suplicio, sin tregua, de contener los inevitables escapes de lo estudiado, con la angustia del herido que se desangra? No sin tortura se resiste la continuada movilización de todo lo sabido, para mantenerlo «en pié de examen» a fecha fija o ante eventual exploración, implacable y fiscalizadora. ¡Qué pocos goces superan al del momento en que se nos concede, por fin, el derecho a olvidar! ¡Cuán grato, cuán provechoso es ya el estudio cuando ese derecho se nos otorga para siempre! ¡Con qué gusto nos esforzamos entonces por asimilarnos lo que juzgamos pertinente, según criterio propio! ¡Qué bien se duerme cuando el sueño cumple sin recelo su natural misión de disipar brumas, vigorizar contornos, ahuyentar lo superfluo y afianzar lo fundamental! ¡Qué despertar tan lisonjero, sin el remordimiento de haberse traicionado a uno mismo con la infiel vigilancia de vitandados intereses!

*La obsesión  
del olvido*

El compromiso de recordar hasta lo innecesario, además de constituir una tortura, quita tiempo y atención para nuevas y gratas adquisiciones, de fundamental interés. La creciente preocupación por la custodia de lo que ya se posee, achica en rápida progresión el sucesivo enriquecimiento, y lo anula en definitiva. Bien pronto la sobresaturación repletiva cierra las puertas de la inteligencia, como si en ellas hubiese mecanismos valvulares. Todo entonces anuncia el estallido, y llegan las horas trágicas del «ya no puedo más» y de las angustiosas vacilaciones de conducta, frente a tentadoras imágenes de desistimiento, que pueden conducir a las más grandes cobardías, a la mayor de todas.

*Las excelencias  
del olvido*

No impunemente se intenta burlar las leyes de la Naturaleza, más para aprovechadas que para escarnecidas. Una exagerada estimación de las bondades del recuerdo hace que alguien desconozca las no menores excelencias del olvido; úno y ótro se complementan como procesos igualmente indispensables en la vida del pensamiento y en la vida entera, que es renovación. La inmutabilidad absoluta no se concibe sino en la muerte. Poco entiende de Psicología quien ignora que el apagamiento gradual de los perceptos, desde el instante mismo de su esplendor inicial, permite apreciar sucesivas formas esqueléticas de los mismos, utilísimas, y acaso indispensables, para percibir las semejanzas y realizar abstracciones y generalizaciones. Desdichado el ambicioso que lograrse tenerlo todo presente, con la perenne viveza de la actualidad: visión panorámica del tiempo, perspectiva caótica, sin posible interpretación. Forzoso es transigir con el bien que se nos impone, siquier lo diputemos de mal inevitable; y ante la feliz imposibilidad de captar y retener, sin que se marchite, cuanto al entendimiento se ofrece, es obvio que procede establecer categorías de preferencia en la admisión, y utilizar, sin soberbios remilgos, los medios con que suplir, en parte, las capacidades que nos faltán. Hay conocimientos que, por su encadenamiento con los ótros, cabe redescubrirlos a voluntad; podemos descuidarlos, y ya nos los servirá la inteligencia, en la eventualidad de que nuevamente los necesitemos. Bueno será que, cuando por primera vez nos enteremos de algo, busquemos su posible trabazón con lo ya sabido; porque las ideas o las imágenes desprovistas de nexos de asociación son a modo de cantos rodados, tersos y pulidos, que la corriente arrastra, sin que a nada logren agarrarse. No almacenemos cosa alguna sin mirarla y remirla para encontrarle asideros de razón; y nótese que esta sosegada manera de estudiar es la más rápida que se conoce. Tales son las mejores reglas nemotécnicas, mientras sean aplicables. Con ellas se libran los matemáticos de la obsesión del olvido, que tánto afije a los demás perseguidores del saber.

*Inteligencia  
y memoria*

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

Añádase que muchas gentes aún no se han penetrado de todo el alcance de la escritura como sustitutivo de la memoria de las generaciones o de la memoria individual. Nos hallamos ante un caso más de no saber disfrutar de nuestros bienes: todavía hay quien cree que los libros y las anotaciones son para metérselos en la cabeza, y no para que nuestra inteligencia se meta en ellos, en busca de lo que allí escribió nuestra propia mano o la mano de los siglos. Una de las misiones más importantes, entre las confiadas a la experiencia del maestro, consiste en determinar lo que haya de constituir, irreductiblemente, el «equipo de urgencia de la memoria», aquello que debe estar siempre a disposición del pensamiento, sin demoras ni tardanzas. Suele tenerse idea exagerada de la magnitud de ese equipo, y hay tendencia a recargarlo, con lo cual se dificulta su conservación y su ágil empleo. Ciertamente en alguna cátedra se oye decir (y mejor fuera que se oyese en todas) «Procuren ustedes no retener esto o aquello; bastará con que lo entiendan, para no perder su pista y reencontrarlo cuando haya lugar». Y es fama que tal consejo se recibe con general y desmedida aceptación; lo cual prueba que corresponde a una necesidad hartamente sentida; en satisfacción de la cual, se llegará pronto, en el supuesto de subsistir los exámenes, a efectuarlos poniendo a disposición de la víctima los libros, diccionarios, agendas, tablas, apuntes & que al caso sean pertinentes. Sin duda no carecerá de inconvenientes el sistema: tendrá, en efecto, los dimanantes de que los examinadores no sepan o no quieran juzgar. ¿Pero, en qué otro procedimiento no se corren los mismos peligros?

*¡Yá se ha inventado la escritural!*

*Exámenes racionales*

\* \* \*

Otras imposiciones didácticas acompañan al cebamiento forzoso de la memoria, y, además, lo agravan, hasta el punto, quizá, de asumir ellas por entero la odiosidad de las normas docentes al uso. Se juntan concausas de sufrimiento que

*Otras quejas*

cada cual aborrece a su manera. La cuantía, forma y heterogeneidad del trabajo; el ritmo al realizarlo; la fecha fija de su conclusión; la monotonía de los procedimientos; la solemnidad de la prueba, son, aparte de esporádicas genialidades coactivas, que nunca faltan, factores bien conocidos, del estudiar doliente por restricciones a la espontaneidad. Fuera enojoso considerarlos uno a uno; consignemos englobados sus efectos y voceémoslos hacia todos los sectores de donde el remedio pueda venir.

*Las penalidades  
de un curso*

Evocad, señores, los cuadros lastimeros que habeis presenciado, y los que vosotros mismos habeis vivido, al recorrer el calvario de una etapa estudiantil. Al fluir del tiempo, cuya celeridad sorprende tanto más cuanto más en él se confía, se acumulan las dificultades como la deuda del usurero o la mole creciente del alud. Arrecian, por instantes, sus demandas cuatro o cinco asignaturas, o «disciplinas», como las llaman los profesores, con elegancia nada tranquilizadora. Los programas desarrollan con fatídica regularidad sus cien lecciones, a guisa de carteles emplazadores para un momento cuya visión obsedante aterroriza. Se escuchan diariamente, o por lo menos hay obligación de oírlos, varios discursos, a oradores siempre los mismos durante uno, dos o tres años. Se llega implamente a maldecir de que la Ciencia sea tan vasta, y a renegar de los héroes que más la engrandecieron. Muy pronto, o desde luego, la preocupación no es el saber, sino el pasar. Se rellena la memoria, con el firme propósito de vaciarla en cuanto se pueda, y corren igual suerte lo que no debió entrar y lo que jamás debiera salir. Se incurre en la ilusión de que el último esfuerzo es el mejor, sin percatarse de que es como agua en cesto la ciencia de mayo. Los apremios ahogan: el almanaque y el reloj tienen más que nunca semblante de verdugo y, bajo sus amenazas; se reducen las intangibles ocho horas del sueño, en crueles proporciones, inversas de las que la Higiene demanda; cuando se extrema el trabajo. Se le piden al café milagros aun mayores que los que suele obrar. La atención se subleva, y la lectura es ya un automatismo de

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

cuerpo presente, puramente maquinal. La personalidad se escinde, y la fantasía tiende a volar, como pájaro atado por la pata, en esa edad tan propicia a los placeres en hipótesis; y el marco luminoso de lo fingido acrecienta las nebruras de la realidad. Ocurre todo ello, por fatal coincidencia, en la primavera del año y en la primavera de la vida, con sus florecimientos que son alegrías y son esperanzas. ¡Abril y mayo, himnos grandiosos al gozo de vivir; cuán bellos para todo el mundo, menos para el estudiante, que quisiera borrarlos del tiempo!

Y se aproxima el trance temido, y la zozobra se agudiza; amnesias súbitas y ausencias de segundos, que parecen eternidades, dan la sensación de que nada se sabe o de que no existe sino aquello que se ignora. Repercusiones físicas, de todos los órdenes y desórdenes, añaden las notas destempladas de la fea y sucia sintomatología del miedo. Y así, entre fugaces alientos de esperanza y largos colapsos de pesimismo, transcurren los postreros días, las horas últimas, los minutos de inminente abocamiento al suplicio que ha sido la pesadilla de muchos meses. Una reacción forzada, de fingida serenidad, conduce, por fin, a la solemne comparecencia: tal ocurre las más veces; pero en algunas, el estupor traumático, que también lo hay en lo moral, no se disipa ni aún por aquellas energías que el instinto reserva para las grandes ocasiones, y la prueba se cumple, por no decir «ejecuta», en pleno marasmo. Concedámos que no es eso lo frecuente, y que, en su caso, suele responder a motivos de justa autoacusación; pero, del terror académico nadie se libra, siquier se disimule, se atenúe o se venza, ya con la buena preparación, que es el remedio específico, ya con argucias de esgrima mental, ya por los favores de la suerte.

Culmina el interés de la acción, tocando al desenlace: el repertorio de los exámenes, que a los ojos del curioso espectador ofrece entera la escala sentimental, de lo bufo hasta lo trágico, tiene sin excepción, para el protagonista, patéticas tonalidades. Por lo general no hay, en aquel drama comprimido, sino la anhelosa expectación ante los fallos

decisivos del destino, sentida en proporción a probabilidades nada ocultas: ansiedades de jugador; azoramientos de due-  
lista. Singularidades de temperamento y determinaciones  
concretas del azar completan, secundariamente, la forma y  
la cuantía de la emoción, que llega, en ocasiones, a desbor-  
damientos lamentables y aparatosos. No escasean las fugas  
súbitas ni las explosiones de aflicción, contra toda verosimi-  
litud, según antecedentes y circunstancias. Ya es el alumno  
de brillante historia, que al primer tropiezo intenta mar-  
charse; ya es el soldado, cuyo valor acreditan las cruces que  
se honran sobre su pecho, a quien se le ve temblar como un  
azogado y romper a llorar como un chicuelo; ya es la se-  
ñorita, de pundonorosa preparación, en ellas tan común,  
quien incurre angustiada, en las semifarsas del histerismo.

En definitiva, y haciendo gracia de truculentos epilogos;  
sin hablar de las amarguras del fracaso, harto temible  
cuando, en pocos días, se corre el albur por cuatro o cinco  
veces; poniéndonos en el caso más lisonjero, de un éxito  
completo y aun brillante, siempre resultará que el estudio  
reglamentado en torno a un expediente académico, no es,  
ni con mucho, la sucesión de goces, sin mezcla de penas,  
que cabría esperar del acrecentamiento de nuestro saber. Es  
ello una verdadera mortificación, en el doble sentido de  
motivar dolor y de matar o esterilizar energías; y, por ambos  
conceptos, se destaca imperiosa la necesidad del remedio,  
infalible y cabal, si lo hubiere, probable y paliativo en todo  
caso.

\* \* \*

*Remedios*

Compréndese que la salvación ha de venir del alumno  
mismo, o del profesorado o de los poderes oficiales que  
montan y regulan los mecanismos de la enseñanza; y que el  
beneficio será máximo cuando dichos tres factores concurren  
armónicamente con uniformidad de criterio.

Mucho puede, el escolar, disminuir, por cuenta propia,  
las dificultades y sinsabores de su tarea, sin aguardar las

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

óptimas mudanzas pedagógicas y legislativas, muy próximas a ocurrir, según lo capacitados que están los llamados a traerlas. Maestros y políticos se pondrán, bien pronto, a la altura de su tiempo. Pero, ni ahora ni nunca, será indiferente la manera de utilizar, cada cual, el margen de libertad, grande o pequeño, en que se mueve el estudio. Tampoco, en esto de las holguras del albedrío, sabemos disfrutar lo que tenemos y que es la mejor arma para suplir y conquistar lo que nos falta. El arte de estudiar, la Higiene del estudio, el modo de ser felices estudiando son conceptos sinónimos para quien tiene ideas claras acerca del valor positivo de la salud y de la eficacia estética del trabajo. Higiene de un oficio, no es sólo la evitación de enfermedades al obrero, sino, además, la obtención, para él, del rendimiento máximo, con relación al esfuerzo desplegado. Sano, abundante y alegre aprender, aun entre los límites más estrechos: esa es la fórmula en nuestro caso. Busquémosla y sigámosla con severa observancia, y nuestra cariñosa disciplina interna nos permitirá burlarnos de las externas disciplinas. Tiranía por tiranía, la de uno propio es preferible; cómo que no es otra cosa lo que se llama libertad; quien ni a sí mismo se subordina no es libre, sino enajenado.

La acertada distribución del tiempo es aquí, como en cualquier otra ocupación, primordial exigencia para lograr plenitudes en la cuantía y en la facilidad de los resultados. Estudiar bastante tiempo, a tiempo y sin exceso, merecerá, sin duda, la aprobación de todas las inteligencias, pero cuenta con la adhesión de muy pocas voluntades. Tal disparidad, entre la opinión y la conducta, echa sobre cada escolar la responsabilidad de sus posibles desdichas. Ello es absolutamente cierto en los grados superiores de la enseñanza, en los que no cabe invocar ignorancias, ni irreflexiones, ni apreciaciones engañosas de las magnitudes cronológicas: atenuaciones admisibles en la extremada juventud. No desconoce el alumno universitario la enormidad de la empresa que acomete, la tarea que se le pone por delante; ni deja de prever con aproximada exactitud, el encasillado

*Distribución  
del tiempo*

del tiempo futuro, ese nada en que ocurrirá todo; en lo que yerra es en la estimación de las propias fuerzas, creyéndose capaz de arranques volitivos con que suplir la temprana diligencia y la tenaz perseverancia. No escribimos un epítome de Higiene ni una Cartilla pedagógica; mas permitásenos proponer como precepto a esculpir en las aulas el de «estudiar el primer día, como el último; dormir la última noche como la primera».

Dosificar el trabajo, el asueto y el reposo es, desde muchos puntos de vista, asunto primordial en el arreglo de la vida, máxime cuando ésta se halla en período de plasmar su porvenir. Recuérdese los célebres tres ochos que constituyeron, hasta poco ha, la fórmula del obrerismo, para la distribución de las 24 horas cotidianas del hombre laborioso. Un tercio para el trabajo, ótro para el sueño, y el ótro para el recreo y la cultura extraña a la tarea profesional. *El trabajo* Contindas sociales inspiraron ese patrón, que por la monotonía de las cifras, parecía simbolizar la obsesión igualitaria de sus autores; pero, él mereció, en tesis general, la aprobación de los sabios, la aceptación de los gremios, y la simpatía de cuantos noblemente se interesaban por el humano bienestar, sin distinción de clases. Sobrevinieron, más tarde, cataclismos históricos, avances desmedidos del maquinismo, crisis de la economía mundial, que motivaron regateos a la duración de la jornada productiva, a fin de que nadie quedase sin ocupación. Otros reparos se opusieron, por parte de los higienistas, respecto a determinados oficios malsanos y agotadores, que, con justicia, reclaman reducir y fragmentar las horas de peligro y de fatiga, aun contando con los medios técnicos de protección que la ciencia proporciona. No figura el estudio entre las tareas que, por razones de concurrencia social, deban restringirse, por cuanto su remuneración no es inmediata, y a nadie, por de pronto, quita pan, y además, entraña la esperanza de que lo suministre abundante, para tódos; pero no es dudoso que deba incluirse en el grupo de los quehaceres que, por enervantes, exigen minoración y parcelación del

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

tiempo a ellos consagrado. Salvo excepciones muy contadas, no tolera el cerebro la insistencia en laborar, que el músculo soporta sin extenuación. La circunspecta distribución de los descansos, evitadora de acúmulos de tarea, es aquí esencialísima, para no sobrepasar los límites de la resistencia, ni rozar siquiera la zona dolorosa e infecunda del cansancio. Largas holganzas son enemigas anticipadas de la holgura y se pagan con agobios y fracasos. Saben, los economistas y los higienistas, que las llamadas horas extraordinarias son muy poco productivas.

A propio intento hemos considerado simultáneamente el burgués intelectualismo y la muscular ocupación del obrero manual; y no ciertamente por alardear de plebeyismo, aceptando la uniformidad de nivel, sino para mejor evidenciar la necesidad de que todos nos elevemos a un grado común de perfección en la utilización del tiempo. Insistiendo en tales miras, lamentemos que el empleo de las horas de esparcimiento no haya logrado de ninguna de las clases sociales la merecida preocupación colectiva, con ser tan esencial como la duración y el reparto de las horas de trabajo; porque no hay que olvidar que el afán recreativo constituye el propulsor quizá más grande del progreso; que, por *festivo*, tanto como por *sabio*, es el hombre el solo animal que tiene Historia. Teóricamente, la solución es fácil y conocida: que cada cual busque completar fuera de su oficio la expansión de vida que no halla en él; que el rudo bracero del campo y del taller se intelectualice; que el delicado explotador de su cerebro se muscularice y se curta; que uno y otro conozcan los goces inherentes a la plenitud de la propia existencia; que ambos vivan, no a medias, sino por entero; que lleguen, así, a una comunidad de gustos creadora de armonías y de mutuas compresiones. Tan importante como combatir el analfabetismo en los campos y en las fábricas, es reducir al mínimo la entequez física y el señoritismo enclenque de las universidades. Conseguir tipos menos dicotomizados, de cultura, será un gran progreso para el individuo y más aún para la colectividad: quizá

*El asunto*

los desniveles de la riqueza no influyan tanto como esa profunda dicotomía, en el despego con que se miran dos modalidades distintas, de la Humanidad, igualmente imperfectas, y por lo mismo, recíprocamente hostiles.

*Deporte escolar  
universitario*

Por lo que al escolar respecta, es indudable que en estos últimos años se ha iniciado en el mundo un movimiento favorable a la integral educación, al cual nuestra patria no ha permanecido ajena. Ya es rara la universidad en donde la actividad extra-académica del alumno, deja de ser solicitada, cuando no impuesta, por actuaciones bien orientadas hacia el tipo de máxima expansión de la personalidad. Saber divertirse va haciéndose obligatorio; por lo menos se dan facilidades para ello. Se toman cada día más en serio las que parecieron, de pronto, caprichosas travesuras de la juventud, las que a veces necesitaban de tapujos. Donde no existen oficialmente los campos deportivos, se tienen proyectados. Se dosifica el recreo con arreglo a normas científicas, y ya funcionan como en nuestra Facultad de Medicina, ficheros con las características individuales de resistencia y de aptitud. Mucho se adelanta por tan buen camino: pero el noble motivo de nuestra impaciencia nos da derecho a ser exigentes. No es preciso llegar al deporte forzoso: basta con ponerlo de moda, que suele tener más fuerza que la ley. Así está ocurriendo, y eso es lo que hay que intensificar. Los equipos universitarios, para las amistosas luchas regladas que anudan lazos de fraternidad entre los pueblos y las naciones, crecen por momentos en número y variedad. Ocasión es la presente de consagrar rendido homenaje a la gloriosa Universidad de París, que hoy hace un año, honró a la nuestra con la visita de un escogido grupo de sus brillantes adalides del atletismo, quienes midieron sus fuerzas con los de aquí, bajo los acordes de los himnos nacionales de las dos Repúblicas, y con asistencia del Embajador francés: alta distinción que recibimos con la merecida cordialidad.

Excelentes son las iniciativas de las agrupaciones escolares, en el sentido de utilizar acertadamente las horas y los días del vagar académico; y lo muy extendido de tan buen

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

propósito hace presumir que no queden sin ensayar, para preferir las mejores, ninguna de las felices posibilidades. Ni es de temer que se incurra en amaneramiento ni en desmesurado universalismo, descuidando las especiales condiciones de climas, razas y costumbres, con pérdida de ese matiz local que todo lo embellece. Una de las modalidades más plausibles y que más se prestan a la diversificación, dentro del acatamiento a las normas cosmopolitas, es el disfrute y cultivo de las Bellas Artes, en general, y singularmente de la música y del canto. Cónstanos, por información fidedigna, que la Universidad de Valencia, nutrida por la juventud de un pueblo de artistas, no tardará en colocarse, a tal respecto, a la altura que le corresponde. Insistan los escolares en tan laudables propósitos, más transcendentales de lo que al pronto parece: el valor higiénico de la audición musical, para la fatiga del cerebro, es quizá mayor que el del masaje, para la fatiga muscular; como si el ritmo y la armonía, haciendo trépidar los talleres del pensamiento, los librasen de la herrumbre que los embota. Por lo que hace al canto, nunca se recomendará bastante, como ejercicio compensador del estudio intenso: nadie ignora que la atención voluntaria reduce la amplitud respiratoria, en tal grado que llega a la sofocación cuando el interés culmina. Mientras se estudia con empeño, no se respira sino a medias. Favorable será, en los descansos, respirar por completo y con creces: para ello cualquier esfuerzo muscular es bueno, pero el canto es el mejor, ya que tiene por inmediato propósito el esmerado y potente uso del fuelle torácico.

Desde un punto de vista más elevado, derivar el asueto hacia el campo de las Bellas Artes, asegura tonalidades de optimismo, vigorizantes y fecundas. Ese campo, además, es el mismo a que tienden, con certero instinto, las clases sujetas al trabajo preponderantemente mecánico, y es zona de comunes aficiones, la más propicia a la fraternal compenetración: ¡Feliz convergencia! Pero ella suscita la siguiente reflexión: tan plausible como es la corriente seguida por la juventud universitaria, en el sentido de facilitar la convi-

*Llamada  
a la armonía*

vencia cordial con los demás estratos sociales, resulta condenable cuanto induce a quebrantar la homogeneidad afectiva de la propia grey escolar. Es una desdicha que haya bandos estudiantiles, conducentes a verdaderas guerras civiles en los talleres comunes del saber, cuyas normas esenciales son la tolerancia y la paz. Piensen los que a tales sinrazones se prestan, la tremenda responsabilidad en que incurren con sus discordias políticas y religiosas, fuera de tiempo y de lugar. Procuren robustecer los lazos que unen; releguen para otros sitios y mejores ocasiones las diferencias que separan; y no olviden que las riñas entre hermanos, dondequiera que ocurran, son capaces de matar a la madre que por igual los ama y los cobija.

\* \* \*

*El sueño  
y el estudio*

Trabajo y diversión conducen al sueño, tercer eslabón del ciclo de la vida, que hay que saber disfrutar, en sí mismo y como exigencia feliz para el goce óptimo de los otros dos. No se trata de una «imagen de la muerte»: esa frase, que ha hecho fortuna, es un símil desdichado que la Fisiología desautoriza y el testimonio de la Humanidad desmiente. En ninguna esfera de la vida se reduce el reposo a suspender íntimos laboreos, lo cual sería un paro estéril, un aplazamiento sin provecho, de las dificultades del cansancio. Microscopios, reactivos y calorímetros demuestran cumplidamente que, las que parecen holganzas celulares, son nuevas formas de trabajo: activísimas reconstrucciones y cebamientos dinámicos de la maravillosa máquina de explosión que llamamos protoplasma. Pero antes que la Ciencia penetrase tan hondo, la intuición de las gentes había declarado ya, en todos los idiomas, que descansar es reponerse; y ello equivale al reconocimiento universal de que el sueño se parece más al nacimiento que a la muerte. Durmiendo renacemos de nuestras cenizas fatigógenas, como el Fénix mitológico; y mientras, continúa la noción grata del vivir,

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

exaltada por el apagamiento de más altas preocupaciones. Si el durmiente, visto desde fuera, se asemeja remotamente a un cadáver que respira, observado por el sentido íntimo, dista mucho de ser el ausente de sí propio que salta, sin enterarse, sobre inmensas lagunas del tiempo.

Cierto que la percepción de los minutos y segundos se realiza más al detalle durante la vigilia; pero, tampoco en ella es continua la atención, sino intermitente, como el parpadeo de un faro; y conste, además, que los pequeños lapsos de distracción, imperceptibles de ordinario, crecen y se apelotonan cuando negamos al sueño las horas que le pertenecen; de modo que, en puridad, dormimos entonces, sin saberlo, en una especie de cabeceo menudo y reiterado. Pudiera decirse que desvelos y modorras se mezclan, sin que nos demos cuenta, en todos los instantes del día y de la noche: varía sólo la proporción aligatoria y la fragmentación, más o menos extremada, de los opuestos componentes. Muchos insomnios y veladas no son, pese a su nombre, sino disimulados desmenuzamientos del sueño. Acecha de continuo Morfeo, insidioso y tenaz, para imponernos sus beneficios, con la insistencia importuna de un misionero fanático; sin tregua nos acosa, tentador, y llega en ocasiones a la temeridad. Cuando el cansancio arrecia, duermen sueños fugacísimos, pero de incalculable trascendencia, en críticos momentos, el orador, el astrónomo, el telegrafista, el centinela, el chofer, la nodriza, el cirujano. Nos equivocamos para nuestro mal, cuando intentamos burlar los fuegos del descanso: lo que a éste le robamos de compacta duración, lo perdemos de lucidez en la vigilia, de adhesividad de la memoria, de intensidad en la atención, y de alegría en el trabajo; circunstancias, todas, pero singularmente esta última, que condicionan el máximo provecho.

Mas, no es tan tirano el dios del letargo, que imponga su dictadura de reparación, a la totalidad del cerebro que se le rinde; hay, por el contrario, motivos para creer que, liberal y tolerante, respeta y facilita las espontaneidades de aquellos centros que funcionaban con agobios, por la

*Psiquismo  
inconsciente*

baraúnda del mundo exterior o por las exigencias de la actividad voluntaria y consciente. Cada día se confirma, con nuevas demostraciones, que sólo una pequeñísima parte de los procesos psíquicos es advertida por nosotros mismos y se subordina a nuestra voluntad. Grosera y trillada es la comparación, pero exacta: de igual suerte que la nutrición es algo más que el saboreo y la masticación de las sustancias alimenticias, las cuales sufren, allá en las ignoradas profundidades de los tejidos, transformaciones purificadoras, desdoblamientos, enlaces, almacenamientos previsores y movilizaciones oportunas, sin que de nada de ello nos demos cuenta, así también, los elementos del pensar, una vez adquiridos y gozados, se nos eclipsan y escapan, y experimentan, en el subsuelo de la consciencia, mutaciones y consorcios, archivamientos y liberaciones, de los que nada sabemos. Percibimos fugazmente el azúcar en la boca, y disponemos luego del mismo, para gastarlo en la contracción muscular; pero, desde que acordamos deglutirlo, hasta que nos resolvemos a quemarlo ¿qué ha sido de él? ¿Dónde y cómo lo guardábamos? ¿Ha servido, mientras, para algo? Aprendemos un concepto y podemos evocarlo, al servicio de la razón; pero, desde que lo adquirimos hasta que lo recordamos ¿dónde y cómo se ha ocultado? ¿No ha hecho resonar, entretanto, el ambiente misterioso en donde flota? ¿No ha introducido en las otras nociones allí latentes, modificación alguna, ni ha recibido de ellas el más mínimo retoque? Debemos creer que lo que escapa a nuestro sentir, así en el orden material como en el psíquico, no ocurre sencillamente en sosegados almacenes, sino en activísimos laboratorios de purificación, mejora y ajuste, cuyo ritmo de trabajo no coincide, y preferentemente alterna, con la plenitud de la despierta jornada volitiva.

La exploración de la subconsciencia, mediante psicoanálisis, ha revelado, en aquel mundo tenebroso, interesantes anormalidades que se imponen arteramente al sentimiento, al juicio y al albedrío; pero, se trata de adversas desviaciones de mecanismos esencialmente útiles; como las

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

enfermedades de la nutrición constituyen lamentables rarezas del admirable recambio de la materia en los fecundos torbellinos de la vida. Sucede aquí, cual en Astronomía, que grandes cosas ignoradas se nos decubren por pequeñas acciones perturbadoras. Sabemos poco de lo que pasa en esos talleres autónomos que funcionan a espaldas de la atención; mas no podemos negar su existencia y su posible actuación, probablemente óptima, durante el sueño. Y es lógico presumir que, las copiosas entradas, de datos intelectuales, demanden luégo largas horas de esa actividad modesta que prepara expeditas y sazonadas reviviscencias, a disposición del claro entendimiento y de la motivada voluntad. Tal vez las ventajas que las lecciones alternas tienen sobre las diarias, no se deban tanto al transcurrir de dos días, como al dormir de dos noches.

Puede afirmarse que el proceso elemental del sueño es, a su modo, tan activo como el de la vigilia, y no cabe sustraerse a él sin desbaratar el equilibrio armónico de la mecánica nerviosa, que es el substrato material del pensamiento. Trabaja, y muy intensamente, el cerebro que nos parece que descansa: por razonamiento lo sabemos y aun por observación lo advertimos, si bien con penumbras y vaguedades. Los ensueños, que no son sino la parte exuberante del rebullir subconsciente, acreditan la vivísima agitación de nuestras intimidades inexploradas. De lo que allí sucede, sólo conocemos las resultancias finales, manifiestas al despertar: olvido de algunas cosas, afianzamiento de ótras, nuevas posibilidades para conectarnos con las realidades exteriores y extraerles su contenido ideológico, y mayor serenidad y precisión de juicio. Las misteriosas mutaciones que a tales resultados conducen se atienen sin duda a leyes creadas, sancionadas y perfeccionadas por el acierto, desde que existen cerebros, contra las cuales no pueden prevalecer las impacencias y apremios de un estudiante rezagado. Respetar y conceder el debido tiempo a la cerebración inconsciente, por la que clama imperioso el instinto, será aceptar, con miras higiénicas, uno de los dones más pre-

ciosos que la Naturaleza nos brinda. ¿No aboga en tal sentido el consejo vulgar de consultar las cosas con la almohada, en espera de los beneficios de una meditación automática? Y admitida ésta ¿cómo dudar que el sueño es una de las fases del estudio? ¿Porqué no? Acordémonos de que el niño, insuperable maestro en aprender, es a la vez, artista inimitable del dormir. No olvidemos sus lecciones: a fecunda vigilia, sueño largo.

*Final* Ni remotamente pretendemos, con las reflexiones que preceden, entonar un canto a la inacción y a la pereza: queremos por el contrario combatir oportunamente la primera, para evitar que, un día, se imponga dolorosamente la segunda. Queremos que el escolar administre acertadamente sus horas; que las mañanas de abril y mayo, cuya dulzura para el sueño es proverbial, no paguen las negligencias del otoño y los abandonos del invierno. Queremos, en suma que el estudio se haga siempre con el sosiego necesario para atender a él sólo y saborearlo sin agobios y sobresaltos..... que en realidad no pertenecen al gran negocio de adquirir sabiduría, sino al compromiso de probarla.

Bien mirado, cuantas formas de sufrimiento hemos considerado, a propósito del aprender académico, quedan fuera de nuestra tesis. La captación del saber es intrínsecamente grata: lo verdaderamente penoso es el conjunto de extraños entorpecimientos que se nos crean, o que nosotros mismos nos creamos; dificultades que se desvanecen y se anulan frente a una voluntad perseverante, cuyo más vivo acicate es la noble concupiscencia por los deleites del conocimiento.

Así, al menos, lo estimo yo: y, puesto que vuelvo a hablar de mí, es que el asunto se empequeñece y que debo terminar. Sirvan, como de remate, dos posibles consejos, por si alguien los pidiere:

Vosotros, los que aprendéis, no os distraigáis por ligeros estorbos, y atended intensamente a la gran felicidad que os brinda el estudio, y a los bienes inmensos que os rodean, merced a lo que otros estudiaron; y pensad a cuánto

## ASPECTO EMOCIONAL DEL ESTUDIO

os obliga para con lo presente y lo futuro, lo que recibisteis del pasado.

Y, vosotros, los que enseñáis, encareced con ardimiento el valor emotivo de la sabiduría que difundís, como actuales administradores del patrimonio de luz de la Humanidad, perpetuo y creciente a través de los siglos.

HE DICHO.

---

*Terminóse la impresión de este Cuaderno  
el día 27 de Septiembre de 1932*